LA REDENCION DE UN QUINTO

ÁLBUM DE TRABAJOS

DE LOS SEÑORES

Arechavala, Borrego (D. Andrés), Campoamor, Carvajal, Collado,
Echegaray (D. José), Espada, Ferrari,
Galdo (D. Manuel M. José), Ginard de la Rosa, Izaguirre, Letamendi,
Llano y Persi, Moreno de la Tejera (D. Vicente), Gamiz-Soldado, Ortega Munilla,
Pagés, Palacio (D. Eduardo), Rios (Srta. Blanca de los),
Sinués (Doña María del Pilar), Tartilan (Doña Sofía), Vega, Vital Aza,
Toro (Juan Bautista) y otros

COLECCIONADOS POR

F. DEGETAU Y GONZALEZ

PARA

REDIMIR DEL SERVICIO DE LAS ARMAS Á UN ESTUDIANTE DE MEDICINA

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO "EL PORVENIR LITERARIO"
Calle de Santa Teresa, número 11

LA
REDENCION DE UN QUINTO

ÁLBUM DE TRABAJOS

DE LOS SEÑORES

Arechavala, Borrego (D. Andrés),
Campoamor, Carvajal, Echegaray (D. José), Ferrari, Galdo (D. Manuel María José),
Ginard de la Rosa, Izaguirre, Letamendi, Llano y Persi,
Moreno de la Tejera (D. Vicente), Gamiz-Soldado, Ortega Munilla, Pagés, Palacio (D. Eduardo),
Rios (Blanca de los) Sinués (Doña María del Pilar), Tartilan (Doña Sofía),
Vega, Vitál Aza, Toro (Juan Bautista) y otros

COLECCIONADOS POR

F. DEGETAU Y GONZALEZ

PARA

REDIMIR DEL SERVICIO DE LAS ARMAS A UN ESTUDIANTE DE MEDICINA

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO "EL PORVENIR LITERARIO"
Calle de Santa Teresa, núm. 11
1882

DOS PALABRAS

—

Escusadme si comienzo yo, si antepongo mi firma oscura y desconocida á otras tan conocidas y respetadas; pero debo un voto de gracias á los que han engalanado las páginas que siguen, y empiezo por el cumplimiento de tan grata obligacion.

Un jóven que prepara su porvenir en las áulas de San Cárlos, buscando con el escalpelo entre los despojos de la muerte los elementos de su propio desenvolvimiento, es arrancado de la clase y del Hospital, y se ve de pronto encerrado en un cuartel, interrumpida su carrera, su porvenir tronchado, deshechas sus más queridas ilusiones, desvanecidas sus más risueñas y legítimas esperanzas.

Esa inconstancia de la suerte nos conmovió, y un grupo de amigos nos propusimos tratar de redimirle del servicio. La falta de ánimo para sobrellevar los contratiempos primeros y las primeras dificultades, hizo que el grupo se deshiciera; pero la empresa no podía fracasar. ¡Cómo habia de tener mal éxito, si se fundaba en los hidalgos sentimientos del carácter español! La señorita Blanca de los Rios y las señoras María del Pilar Sinués y Sofía Tartilan, y los Sres. Amorós, Arechavala, Borrego, Campoamor, Carvajal, Echegaray, Ferrari, Ginard de la Rosa, Letamendi, Manjarrés y P. Junguitu, Ortega Munilla, Palacio (D. Eduardo) y otros, ofrecieron su contribucion literaria, respondiendo, como era de esperar de ellos, por ser quienes son.

Cuando ya solo, y con algunos originales reunidos, tropecé con una nueva dificultad, que el editor que la empeñó no podía cumplir, por causas agenas á su voluntad, su palabra de publicar esta obra, una mano cariñosa me fué tendida. El hombre que, inspirándose en un alto sentimiento huma-

nitario, vino en mi ayuda, es el autor del *Diario de un viaje á Oriente* y *A bordo de un bote*, es el distinguido escritor Vicente Moreno de la Tejera. Justo es dedicarle este merecido tributo de agradecimiento.

Tambien algunas señoras se han ofrecido á vender este album entre sus amigos. A ellas, ¿qué podré yo decirles? ¿Habeis jamás visto una mujer más hermosa, que ejerciendo un acto de caridad?

Siento no poder publicar sus nombres, porque el *cuerpo de vendedoras* no está, cuando escribo estas líneas, acabado de organizar; pero la prensa, siempre atenta á premiar con la publicidad las buenas acciones, se encargará de ello. Lo que no puede hacer el libro lo hará el periódico.

A todos hago presente mi profundo agradecimiento. En cuanto á Castañer, el alumno de Medicina convertido en soldado, que ¡ojalá! deje pronto de serlo, á ese... no puedo ménos de quedarle tambien altamente agradecido, porque me ha dado ocasion de lo que pocos escritores han podido hacer: empezar la carrera literaria con una buena obra, ya que no me es dado empezarla con una obra buena.

F. Degetau y Gonzalez.

EPÍSTOLA CONSOLATORIA

Á EDUARDO CASTAÑER

SOLDADO DEL 2.° BATALLON DEL REGIMIENTO MONTADO DE INGENIEROS,

Y EN MÁS FELICES TIEMPOS ALUMNO DE SAN CÁRLOS

CUARTEL DE SAN GIL,

Mi infortunado y querido amigo: Durante la grave dolencia, de que ya por dicha me contemplo libre, aparecióseme una tarde nuestro inmejorable Federico Degetau y Gonzalez, hecho una bomba de incendios para darme á borbotones la noticia de que habias caido quinto, que ya estabas en el cuartel y que era necesario fuéramos á ver á Echegaray, á Carvajal, á Galdo, á medio Madrid; pues convenía que entre todos aderezáramos una publicacion, cuyo producto se destinase á redimirte del servicio. Ni me preguntó por mi estado (que por cierto era aquel dia rematadamente pésimo), ni hizo punto ni coma. Se trataba de realizar una buena obra, y como que á puro de quererme se figura que he de ser inmortal y omnipotente, no se metió en más, al verse en el apuro, sino que vino, llegó, entró y despachóse á su gusto de la embajada que traía, quedándose luégo mudo delante de mí, á pié firme, los brazos enfáticamente cruzados, anheloso el resuello y mirándome como el que dice: «¿se ha hecho usted cargo?»

Y el caso es que yo no sabía qué contestarle, porque entre la sorpresa, el disgusto, la urgencia del muchacho, mi dolencia y el estado de inutilizacion en que me hallaba, se me había hecho un nudo de todo ello en el cere-

bro. Por fin, mi mente se puso en órden, destacándose en ella tres cosas capitales, á saber: grandes ganas de reirme, mayores de contribuir á tu redencion, y no pocas de enviar á la pícara y salvaje Humanidad á..... otro planeta.

Y no creas que mi tentacion á la risa fuera nacida de insustancialidad, ni ménos aún de empedernimiento de corazon ante tu desgracia: nada de eso. Es que en la vida lo cómico y lo trágico son inseparables, y con decirte que en el referido paso el mismo Degetau, á pesar de su melodramática actitud, acabó, como suele decirse, soltando el trapo, fácilmente te convencerás de que los motivos de mi hilaridad eran legitimos. Dime, si no, tú mismo, si habiéndonos conocido tú y yo, como nos conocimos, en mi cátedra de San Cárlos, donde yo hacia por enseñarte y tú por aprender la Medicina, ó sea el árduo y casi divino Arte de preservar á los sanos y sanar á los enfermos, no era la cosa más ridícula del mundo ver en lo que habíamos venido á parar antes de un año; tú en un cuartel vistiendo de mala gana el uniforme de recluta, es decir, el traje de verdadero y legitimo *matasanos*, y yo en mi cama, vistiendo con resignacion tan dudosa como la tuya, el desgarbado uniforme de *caso clínico?* ¿Qué fué de mi pretendida sabiduría? Y de tu filantrópica vocacion ¿Qué fué de ella? ¡Si de un lado tú, con tu pantalon negro-azul, tus zapatos al *alcance de todos*, tu chaqueta gris celeste, tus guantes de punto para calzados al vuelo, tu gorrita de cuartel, verdadera cresta de pollo marcial y rudimento evolutivo de los picos y penachos que ostentan nuestros encrestados y bravos generales, y, para fin y remate, tus fornituras; si tú, repito, con todo ese aderezo y porte de matador de oficio, das al traste con la natural inclinacion de un estudiante de Medicina, ¿dónde no contradecia yo en aquella sazon la del catedrático, á los ojos de quien me contemplara, aherrojado en mi alcoba metido en cama, pálido, maltrecho y quejumbroso, trocadas mi toga en inflado *duvet*, mi muceta en un manton viejo, para apañarme á tomar las imaginaciones de alimento y las realidades de pócimas que mi estado exigia, y por birrete una como mitra civil de punto de algodon, tan confortable como antiestética; y con todo esto, aguardando á que llegara *mi médico* y me tomara el pulso, y me hiciera mostrar la lengua y me examinara é inquiriera por todos lados, siendo así que mi vocacion no me llama á sufrir tales inquirimientos y vejámenes, sino á imponérselos á mis semejantes!

Despues de todo, tienen estos contrastes de la vida, aparte su aspecto ridículo y su fondo triste, su lado utilizable: porque de nada sirve, amigo mio, que el refran rece: «no hay mal que por bien no venga,» si luego el hombre no viene á hacerlo verdadero trocando en bienes sus males. Este es, precisamente (y fíjate en ello, amigo Castañer) el gran problema de la vida, á través de este mal empedrado mundo, donde tan frecuentes y graves son los tropiezos y tan inseguros y breves los trechos de bienandanza.

Ya ves; en tí el haber caido quinto parece constituir un mal absoluto, como en mí el haber pasado meses sumido en el sufrimiento, y, sin embargo, lo uno como lo otro se puede utilizar, nó lo dudes.

A tí, dado caso que logremos redimirte, te habrá sido utilísima (segun tu mismo reconocerás más adelante) esta temporada de cuartel, no tanto por la instruccion, cuanto por la influencia de la educacion militar. Ante todo te diré que quien no sabe obedecer no puede saber mandar; que quien no está subordinado, podrá un dia ser un déspota, pero verdadera autoridad, jamás: porque para esto último son condiciones precisas saber dominarse á sí propio y vivir paternalmente en el ánimo de los inferiores. Considerado bajo este concepto el régimen militar, aunque no fuere más que por lo que ordena la atencion, precisa la conducta y espereza la diligencia, por ello sólo tendría virtud bastante para que, al salir de ese cuartel, te encontrases mejorado en tus hábitos. La puntualidad en el cumplimiento de los deberes, la inexorabilidad de la disciplina, la exigencia de repartir la atencion y de hacerlo todo con atildado esmero, el cuidado de la apostura, la necesidad de ver en todas direcciones, como si coronara tus sienes una diadema de despiertas pupilas, y de que en todas direcciones se te vean á tí los diez dedos de las manos, las dos puntas de los pies y la intencion de tus ojos, son elementos nuevos que, en cuanto recobres tu libertad, se trocarán en hábitos de precaucion y compostura, y á cuya virtud resultarás más expedito en corresponder á una atencion, más presto en tributar tus respetos á los superiores, más conformado con las exigencias de toda suerte de obligaciones, y hasta, si me apuras, más garbosamente comedido y discreto en requebrar á las muchachas. Yo no se qué levadura le transfunden en la sangre al hombre que en su juventud ha estado sujeto, áun por breve tiempo, á una severa disciplina; pero levadura debe de ser, pues no se extingue en la vida. La marina y el ejército cambian por completo nuestra naturaleza, y la cam-

bian en un sentido favorable, tanto á la vida íntima, cuanto á la social ó pública.

Tranquilízate, pues, si por no haber sido humanamente posible organizar antes la publicacion del folleto que estas líneas encabezan, y de cuya venta esperamos tu redencion, tienes que estar aún comiendo el rancho, mondando patatas, haciendo el ejercicio y andando azorado por esas calles de Dios, todo ojos, haciéndosete los adoquines sarjentos, coroneles los aguadores y generales los individuos de órden público, de miedo que el más leve descuido de la Ordenanza te depare, amen del correspondiente sofion, unos dias de calabozo.

Y ahora, si convencido de que tengo razon en todo lo que llevo dicho, me preguntas en qué concepto puedo beneficiar yo, á mi vez, la enfermedad que he padecido, te lo diré; empero á condicion de que me prestes á un tiempo oidos de recluta y atencion de estudiante.

Que el estar malo es mala cosa, y que vale mucho más llegar de puro viejo á la muerte natural sin haber conocido médicos ni medicinas, no es cosa para puesta en tela de juicio, sobre todo en el telar del absoluto egoismo. Mas como quiera que los médicos debemos tejer nuestros pensamientos en telar muy distinto, pues si en su día estudiamos Medicina, no fué ciertamente para mejor cuidarnos á nosotros mismos, sino para mejor cuidar á las demás, y al par que los demás estamos sujetos á enfermedades, no vacilo en asegurarte que es un gran bien para los enfermos el que los médicos sepan lo que es padecer. Bajo este punto de vista, el médico dotado de salud clásica, granítica, amiántica, inalterable, es una verdadera calamidad en concepto de los desvalidos; pues ni comprende aquella mitad del mal que consiste en las innúmeras formas del sufrir, ni alcanza nunca de su cliente aquella simpatía y aquella fé que sólo nacen y prosperan al calor de la comprension recíproca. El médico que no conoce el dolor, resulta ciego para la mitad por lo ménos de los fenómenos mórbosos, y con la propia indiferencia con que éste oye calificar lo verde y lo morado, lo amarillo y lo azul, oye describir aquél las congojas y los insomnios, las acerbas punzadas y las invencibles repugnancias. Intérprete estrictamente veterinario de la complexidad humana, propende á declarar aprension ó, á lo sumo, fútil accesorio, cuanto no alcanza á certificar por sus ojos, sus oidos, su olfato, su paladar ó sus manos; y semejante á aquél que, mirando sólo al derecho

un complicado tapiz, diese por independientes y sin hilacion las cosas en él representadas, así el médico que desconoce aquel inextricable envés de las enfermedades, que sólo á la conciencia del propio doliente es dado conocer y sentir, niega toda importancia á aquello que no vé, creyendo que si ello existiera, él con los ojos lo viera.

No es esto pretender que el médico necesite, para ser perfecto, vivir hecho un Lázaro en lo achacoso, y un Job en lo atribulado, nó; pues conforme para ser experto con relacion al mundo en general, no es menester haber visto todas y cada una de las cosas creadas, asímismo para ser experto en materia de sentir, no se requiere haber probado todos y cada uno de los sufrimientos posibles. Precisamente si la mujer resulta insustituible como enfermera, no es porque su condicion sea achacosa, sino porque propensa á sentir y experta, aún la más jóven en ello, posee aquella pronta y clara intuicion de los dolores agenos que la identifican con el enfermo, apoderándose de su fe y su confianza. Y esto es natural, pues al fin y al postre no es el más experto aquel que ha visto más, sino aquel que ha visto mejor y con más fundamento. Y así el médico, que por la ilustracion de su inteligencia, es más idóneo que el vulgo para comprender el dolor, logra sacar de un poco de sufrimiento propio una inmensidad de estudio que ni libros, ni maestros, ni clínicas, ni cadáveres podrán jamás proporcionarle.

Hé aquí por qué si pido de todo corazon al cielo que conserve la salud de mis estimables colegas, no dejo de suplicarle, por lo bajo, que á todos nos depare, aunque de tarde en tarde y no de golpe, (porque el fenómeno tomaría el carácter de una huelga de médicos) sino á manera de pasatiempo de guerrillas, ora al uno, ora al otro, ora al de más allá, tal cual tribulaciencilla patológica, á fin de que, con ocasion de ella, nuestra experiencia de los humanos padecimientos se aquilate y complete. Esta vez la bala perdida me tocó á mí, y aunque la prueba ha sido larga y penosa, no sólo la acepto resignado, sino que me prometo utilizarla grandemente.

Y basta de patología y vengamos á tu redencion, ó sea, al segundo tema que se me ocurrió al recibir la triste é inesperada nueva de tu acuartelamiento.

Tú no eres un recluta *de nacimiento*; tú no eres de aquellos jóvenes que, si bien dotados de sentimiento bastante exquisito para enderezar á la novia cantares de despedida como este:

«¡Puesto que he caido quinto
y no tengo escarapela,
dame una gota de sangre
de tu corazon, Manuela!»

hallan en la vida militar la satisfaccion de su temperamento y la más adecuada manera de ser útiles á la sociedad. Jóvenes como tú, que no tienen aficion á las armas, y cuyas aptitudes les llaman á cumplir mejor otras finalidades sociales, deben ser redimidos á todo trance. Más breve; yo soy de parecer de que, miéntras la humanidad, permaneciendo en su estado actual de barbarie mal cubierta de convencional cultura, necesite estar aprestada para la guerra; una de dos: ó todos seamos *soldados en potencia*, es decir, ciudadanos formalmente educados en el arte militar y dispuestos á improvisar á cualquier hora un formidable ejército, ó sólo sean soldados aquellos que voluntariamente se presten á ello.

Más hoy, ni lo uno ni lo otro constituye el régimen general de los pueblos *ménos incultos*, y así es menester discurrir para cada particular caso su solucion concreta. Si tú pertenecieses al *quinto estado*, si fueses rana, raton, mono, conejo ó perro, ya hubiera yo escrito á un caballero inglés, amigo mio, en la seguridad de que la «Liga contra las vivisecciones,» de que con entusiasmo forma parte, hubiera tomado á pecho tu redencion; mas, por desgracia, todavía esas sociedades benéficas no se han extendido á la proteccion de las personas y, por tanto, de los jóvenes que como tú, en la flor de la vida, en lo más decisivo de su preparacion para el porvenir, ó en el punto en que, sin necesidad de ser hijos únicos, son ya el sosten y el porvenir de una familia, sean librados del riesgo á que les exponen esos ensayos de Derecho experimental llamados guerras, ó del perjuicio, quizá más grave, de llevar en los cuarteles y destacamentos de la paz un género de vida, excelente, sí, bajo el punto de vista de la subordinacion; mas no el más propio para conservar vivos en el pecho del soldado aquellos alientos de personal progreso que la suerte de la quinta sofocó, y que rara vez el licenciado recobra.

Y como quiera que miéntras no venga una Asociacion salvadora, filantrópica y libre, á resolver satisfactoriamente el conflicto en general, redimiendo del servicio á los jóvenes que se encuentran en las antedichas condicio-

nes, no queda más arbitrio que el de las soluciones privadas, á éste apelamos para ver de redimirte á tí particularmente.

Mas este sistema, muy ocasionado á que las gentes á cuya bondad se apela, no conociendo personalmente al pobre quinto, quizás duden de su realidad (por ser tan propensa la mala fe á presentarse con antifaz de filantropía) no podía ser adoptado sin ponerle antes á cubierto de toda suspicacia, y de ahí, querido amigo, el instintivo azoramiento del bueno de Federico Degetau, y que yo, al punto de verlo, comprendiera que lo que él de mí deseaba era una especie de *fianza moral*. Esto, despues de todo, demuestra que el muchacho no tiene de tal más que el exterior; pues sabe, en el terreno de la accion, tomar en cuenta aquellas precauciones que la realidad de la vida exige en todo paso, por puro y virtuoso que éste sea. Y así le dije: «Ya que en mi actual estado no puedo echarme á la calle para ayudarte á organizar esa publicacion, cuenta con un artículo epistolar mio que, sirviéndole como de prólogo, atestigüe que el quinto Eduardo Castañer, discípulo que fué de San Cárlos, no es un mito, sino que existe en carne y hueso, y que, como catedrático y amigo particular suyo, doy fe de todo ello.»

Y aquí comienza la campaña de Degetau, que debes agradecerle eternamente. En breves días, y sin más recomendacion que su simpático talante y su juiciosa y buena parla, logró recabar de la proverbial filantropía de las Sras. Sinués y Tartilan, y de los Sres. Campoamor, Carvajal, Castelar, (1) Echegaray, Ferrari, Galdo, Ginard de la Rosa, y Manjarrés y P. Junguitu, y otros la promesa de trabajos originales, y del Sr. Moreno de la Tejera, jóven de tan buen corazon como genial entendimiento, la de que se encargaría de la publicacion del folleto, á más de favorecerle con su valioso concurso, en la composicion del texto.

De suerte, que á todos, querido Eduardo, debes estar agradecido; á las antenombradas personas por su valiosa contribucion; á Degetau, porque en este trance ha sabido conciliar con el juvenil ardor de su cristiano deseo, toda la madurez y eficacia de un hombre de empresa y, finalmente, á las bondadosísimas damas de la buena sociedad, que, con una virtud que se

---

(1) Cuando el Dr. Letamendi escribia estas líneas, el Sr. Castelar nos habia prometido varias veces algun trabajo suyo; despues sus muchas ocupaciones le impidieron realizarlo, quedando nosotros, por consiguiente, en la imposibilidad de adornar con él las páginas de esta obra.—*Nota del Sr. Degetau y Gonzalez.*

complace en competir con sus gracias, se dignan desempeñar el papel de expendedoras de este *Folleto*; á los estudiantes, de cuyo compañerismo no puedo dudar, porque lo he sido, y á las otras muchas personas que contribuirán, así lo espero, á sacarte del barranco, para alegría de tu familia como hijo, para contento de las musas como poeta, para satisfacción de Esculapio como estudiante, y quizá, quizá, con grande alborozo de tu novia; lo cual dejo en hipótesis, pues ni tú me has dicho si la tienes, ni yo te lo he de preguntar, por no ponerte en el conflicto de que mientras me lo nieguen tus lábios, me lo confirme el rubor de tus mejillas, á despecho de tu gorri-cresta de general en embrion, y de tus marciales fornituras.

A mí nada tienes que agradecerme, pues no soy más que el cronista de los hechos, y aunque me ves ir delante de todos en esta publicacion, reflexiona que no siempre lo que va delante es lo más excelente.

Y concluyo manifestando (por si nuestros deseos quedan, como es de esperar, cumplidos) que nosotros, tus amigos, querido Castañer, identificados de todo en todo con tus sentimientos, nos anticipamos á dar de corazon las gracias á cuantos poco ó mucho nos hayan secundado; y puesto que á la utilidad del beneficio acompañará la liberal satisfaccion de ver que hay en el mundo hombres de buena voluntad, que saben identificarse con las desgracias ajenas, sírvanse, en pago, contar con nosotros en todas formas y ocasiones dentro del concierto universal del bien, para ocurrir á tantos y tantos males como el infortunio mantiene recatadamente ocultos entre suspiros é insomnios, sin médico que los cure, ni remedio que los sane, ni código que los defina, ni juez que los persiga y condene, ni humana autoridad que de ellos pueda preservarnos.

Y aquí da punto, mi querido Eduardo, reiterándose de todas veras tuyo afectísimo

José de Letamendi

Madrid 11 de Enero de 1882

DEL TAJO AL VOLGA

No le conozco, no le he visto, no he oido su nombre jamás; pero la juventud, alumbrada por la caridad con su propia resplandescencia, ha llamado á mi puerta y la he abierto; me ha narrado con voces salidas del alma, la lenta agonía de una vida lozana que agosta el aire seco del cuartel y los sacudimientos congojosos de un espíritu inteligente, arrancado del estudio por la ley, con aquella violencia con que se zamarrea y saca de cuajo un árbol para labrar una cureña, sin curar de sus raíces, ni de su flor, ni de su verde fruto; la relacion del infortunio me ha conmovido, y el desasimiento de la súplica me ha interesado; dejaré correr la pluma, y que por vez primera el sentir robe sus atributos al pensar. No hay sino sús y adelante.

No es juego de lo arbitrario, ni condescendencia del favor, ni arrebato de sentimentalismo, esta unánime simpatía que nos estimula en España á redimir un soldado, cual si fuese una obra tan meritoria, por no decir más, como era en tiempo de piratas argelinos sacar un cautivo de las mazmorras africanas. Viejos y mozos, los que recordamos con sabor de tristeza el dia de la quinta; los que la ven venir á manera de sombra que enluta el claro azul de su cielo, allá acudimos á rescatar un soldado con nuestro óbolo, con nues-

tra palabra ó con nuestra pluma, y con nosotros vienen en alborozado tropel las madres, agitadas por santos temores, y las muchachas llenas de vagas y todavía castas ilusiones.

¡Servir al rey! Esta expresion que el absolutismo dejó en nuestra lengua, va desapareciendo ya del habla comun, como sinónima de la prestacion militar; pero todavía en las villas y en los lugares, ó en los campos apartados de la vida social, se pronuncian aquellas palabras con espanto, y circulan alrededor de la lumbre durante las noches de Diciembre, y apagan los goces de la familia labradora, que no sueña como antaño con el verdor de la cosecha en Abril, nuncio de su prosperidad; que cuando las tempranas brisas tibias precedan á la primavera, la estacion de las flores y de la alegría, el mes de los gorjeos y de los amores, se acercarán como una calamidad para el hogar, porque es el tiempo de la quinta.

Vedlos: el padre labra la huerta; la madre cose en el escalon de la casa, y el hijo va y viene cargado de la casa á la huerta.

De pronto el padre suspende la cava y deja caer el azadon caldeado en el húmedo y entreabierto surco; alza los ojos tristes, y en la frente del mancebo, curtida por el sol, su mirada encuentra la mirada de la madre afligida, que tambien ha soltado la labor de las manos.

Ambos piensan: *¡tendrá que ir á servir al rey!*

Y al choque de esas miradas de amor sobre su frente, se despierta como una chispa el dolor en el mozo.

« La paz de mi vida es como ese copo de nieve que esmalta de blanco la cumbre más alta de la sierra. Durará lo que él dure. Cuando venga Abril, toda la naturaleza se regocijará; pero el copo se irá deshaciendo gota á gota y lo chupará la tierra. Yo saldré de mi casa por última vez, y ya no lo veré en la cumbre é iré tambien deshecho en lágrimas á desaparecer ó á perderme en un mundo desconocido.

¡Tendré que ir á servir al rey! »

Yo espero que pronto se dirá universalmente con más acierto: *servir á la patria*, que no es justo echarle toda la culpa al rey; pero la locucion se sostiene en el uso, como se perpetúa el horror que inspira el servicio de las armas, porque nuestra viciosa organizacion militar adolece de los mismos defectos que adolecía la antigua, y lo que es igual, cuando ménos, en la forma, igualmente se llama, á despecho de las novedades constitucionales. Años y

años perdidos para el trabajo y el estudio; la suerte, árbitra de la solucion; el privilegio del dinero, como único remedio del mal, estos son los caractéres dominantes de nuestra organizacion, y por eso espanta servir al rey, y por eso para el rescate de un hombre se unen todos los corazones y se ponen en movimiento todas las voluntades.

En Francia ó en Alemania molesta, pero no aterra servir á la patria, porque en esos países la prestacion del individuo es ménos sensible y más onerosa la de la sociedad, solucion justa, que siendo social la idea y la realidad de la patria, la sociedad entera acuda á defender su suelo, sus instituciones y sus intereses.

En el costado opuesto de Europa, todavía se sirve al rey, todavía se sirve al Tsar; pero la densa noche que envuelve aquel inmenso imperio, en cuyos senos hormiguean con sordo zumbido, precursor de temerosas tempestades, fuerzas que se buscan y tientan para despedazarse á oscuras, no deja ver y apenas consiente traslucir la injusticia á los ojos de un pueblo fanático hasta la adoracion de la autocracia, ó demagogo hasta los delirios del asesinato.

Servir al Tsar, es servir á la patria. Cuando el dulcísimo Glinka, que se había de inspirar en nuestras canciones y costumbres populares para escribir su *Jota aragonesa* ó sus tiernos *Recuerdos de las noches madrileñas*, crea la ópera nacional, su lira, émula de la italiana y de la germánica, no tiene cuerdas para el dolor del pueblo que se sacrifica, sino para la glorificacion del autócrata á quien todo se debe é inmortaliza esta abnegacion ciega é insensata en *la vida por el Tsar*.

Los poetas castellanos expresan mejor las penas, que las proezas del soldado; el dolor de la madre, el rompimiento de la familia, el olvido del trabajo impregnan sus cantos con un sentimiento de reprobacion que late en todos estos motivos de poesía, como una nota predilecta; pero los poetas rusos ven en la amargura de la separacion un penoso accidente y en el heroismo ó los trabajos del soldado, el cumplimiento de una obligacion natural.

Como es seguro que la mayoría de mis lectores no podría saborear en su lengua nativa las poesías rusas que se refieren á este tema sensible, voy á traducir literalmente una de Lermontov y algo de Pushkin, única novedad que, por la rareza del caso, será digna de llamar algo la atencion del público hácia estas líneas.

El desterrado poeta del Cáucaso, canta las veladas de la madre cosaca, junto á la cuna de su hijo, y por medio de armónicas estrofas, pone en sus lábios las siguientes palabras (1):

« Descansa, niño, hermoso mio,
» duérmete, duérmete,
» miéntras que la clara luna se refleja
» dulcemente en tu lecho.

—

» Yo te principiaré á contar un cuento,
» te cantaré una copla;
» pero ya te adormeces; cierras los ojitos,
» duérmete, duérmete.

—

» El retorcido Terek (2) quiebra sus turbias aguas
» entre las piedras
« y el maligno Tchetchen (3) se arrastra por la orilla,
» para afilar su puñal.

—

» Miéntras que tu padre, soldado viejo,
» pelea y mata en la refriega,
» descansa, niño, y despierta tranquilo.
» Duerme, duerme.

—

» Llegará la hora en que te excite
» la vida de la guerra;
» con ímpetu pondrás el pié en el estribo
» y pedirás un fusil.

---

(1) Se reproduce en estos versos, á manera de estribillo, la expresion *baiushki-baiu*, compuesta del verbo *baiukan*, *cantar para adormecer* y *baiu*, que es propiamente un estribillo popular que provoca el sueño, algo equivalente al *rorró, rorró* que usan nuestras nodrizas españolas. La única licencia para la cual me he creido autorizado, consiste en traducir esa locucion rusa al castellano por la de *Duerme, duerme*.

(2) Este es un rio del Cáucaso que nace en el monte Kasbek, corre entre peñas, recibiendo las aguas de numerosos afluyentes y va á desaguar en el mar Caspio, despues de recorrer noventa leguas.

(3) Los tchetchenes ó tchetchenses, constituyen una poderosa tribu caucásica que prestó singular apoyo á las empresas guerreras del iman Ben-Mohammed-Schamyl-Effendi contra los ejércitos rusos. Lermontov, que servia á la sazon en el Cáucaso, no estimaba el arrojo y el entusiasmo de aquellos valerosos montañeses, sino los efectos de su insurreccion contra la dominacion moscovita.

» Yo bordaré de seda
» tu silla de combate.
» Descansa niño, vida mia.
» Duerme, duerme.

—

» Tu tendrás el aire de un héroe;
» serás cosaco de alma.
» Yo te seguiré con la vista
» y tú agitarás la mano.

—

» ¿Cuántas amargas lágrimas furtivas
» derramaré yo de noche por tí?
» Descansa, ángel mio, en dulce apacible sueño.
» Duerme, duerme.

—

» Yo sentiré angustias mortales por tu ausencia;
» esperaré inconsolable;
» pasaré rezando los días enteros
» y las noches echando las cartas.

—

» Me quedaré pensando que algo te hace falta
» en la tierra extranjera.
» Pero descansa miéntras que ignoras el dolor:
» duerme, duerme.

—

» Yo te daré para el camino
» una santa imágen
» y tu adorarás á Dios,
» postrándote ante ella.

—

» Sí, y te fortalecerás para el combate peligroso.
» Acuérdate de tu madre en la guerra.
» Descansa, niño, hermoso mio,
» duerme, duerme.

¿No es verdad que el cuadro es tierno y sencillo, pero que le falta aquel sentimiento de reprobacion que se reproduce como un ritornello en las canciones de los poetas españoles?

El niño que duerme en esa cuna bajo el amparo cariñoso de una madre, será mañana el guerrero sin miedo y sin cansancio, que desde las orillas fértiles del Dnieper, en las fronteras de la Ukrania, correrá á lo largo de toda la Rusia, para entregar á Pedro el Grande la delacion que el vengativo Kochubey hace al Tsar de la connivencia en que el traidor Mazepa, su getman ó jefe favorito, está con Cárlos XII de Suecia.

Oigamos á Pushkin:

« ¿Quién á la luz de las estrellas y de la luna
» tan tarde corre á caballo?
» ¿De quién es el corcel incansable
» que galopa por la inmensa estepa?

—

» El cosaco endereza su camino hácia el Norte;
» el cosaco no quiere descansar
» ni en campo abierto ni en la selva
» ni á la vista del vado peligroso.

—

» Relumbra su acero como un espejo;
» suenan contra el pecho las monedas de su faltriquera.
» no tropieza el ardiente caballo;
» corre, abriendo la melena.

—

» El mensajero necesita los ducados;
» el sable es la alegría del valiente;
» el vigoroso caballo su mayor pasatiempo;
» pero tiene en más precio su montera de piel.

—

» Por la montera, abandonaría gustoso
» caballo, dinero y sable.
» En la batalla rendiría la montera
» solamente si le arrancáran la cabeza.

—

» ¿Por qué estima su montera en tanto?
» porque en el forro lleva cosida
» la delacion de parte de Kochubey para el Tsar Pedro
» contra el *getman* traidor. »

Sí; servir al Tsar, es servir á la patria; porque el Tsar lo llena todo con

su autocracia. En las alturas del Kremlim de Moscou ó en la fortaleza del Neva, la sombra de Juan el terrible grita todavía: *omnia;* y la muchedumbre se aterra desde las islas Árticas al Quersoneso táurico; pero el eco de muchos corazones rusos contesta á esa escandalosa soberbia con otra soberbia sorda y misteriosa: *nihil.*

Omnia ó *nihil.* ¡Dilema espantoso!

J. DE CARVAJAL.

AL PIÉ DE UN DRAMA

Los editores, inspiradores ó gerentes de este libro, han acudido á mi humilde persona en demanda de un artículo, ó cuando ménos, de unas cuantas cuartillas; y aunque bien quisiera complacerles, por lo que ellos merecen, y por lo noble de su propósito, ocupaciones perentorias, ineludibles deberes y compromisos ya contraidos, no me dejan tiempo, ni espacio casi—segun me traen y me llevan de un lado para otro—en que pueda satisfacer sus deseos, que son ciertamente los mios. Lo cual quiere significar que, aunque en el alma lo siento, no puedo escribir el artículo que se me pide, ni áun las cuartillas, que á falta de otro trabajo sério, y á manera de transaccion, me proponen. Habré de contentarme, pues, con algunas líneas, que sirvan de pretexto para poner mi firma al pié de ellas; no por lo que mi firma importe ni signifique, sino como prueba de consideracion y simpatía hácia la empresa acometida por unos cuantos jóvenes de corazon en favor de uno de sus buenos compañeros.

Emprendo, pues, mi breve tarea, en quince ó veinte minutos que robo al sueño; y como no me ocurre asunto mejor de qué ocuparme, hablaré de mi último drama, (1) es decir, del llamado *Haroldo el normando:* de esta ma-

(1) Al entrar en prensa este artículo se nos anuncia el estreno de *Los dos curiosos impertinentes*, obra tambien del ilustre autor de *Haroldo el normando*.—F. D.

nera, y dado el objeto de este libro, conseguiré lo que pocas veces puede conseguirse, convertir una obra mala en una *buena obra*.

Y mala aquélla, y buena ésta, pongamos manos en ambas.

Nuestros lectores recordarán la historia de aquella pintura, á cuyo pié hubo que escribir, para inteligencia del público, la célebre frase explicativa que dice: «Esto es un gallo.» El autor del drama la recuerda tambien, y al pié del suyo, y valga el pronombre posesivo á la par por el drama y por el ave, vieñe humilde á explicar su pensamiento.

Brota el hombre del lejano y oscuro seno de los tiempos prehistóricos; y con todas las fierezas del estado salvaje, y con todas las energías de un mundo vírgen, se mete, más como invasor que como viajero, por las nuevas edades, que hoy vemos desde la nuestra como edades antiguas, á los primeros albores de la tradicion y de la leyenda.

Así en mi drama quise yo que brotara Haroldo de aquellas regiones heladas y oscuras del Norte, con todas las fierezas del normando y con todas las energías de una raza vírgen; y así le lancé á lo infinito del mar, más como pirata que como navegante, con rumbo hácia estas tierras nuestras del cielo azul y del sol de fuego.

El hombre, en su peregrinacion á través del tiempo, va siempre entre dos *misterios:* el de su *orígen* y el de su *fin;* y si este último lo finge la esperanza lleno de luz, aunque á veces el desengaño lo envuelva en tinieblas, siempre queda aquél hundido en las sombras impenetrables de lo pasado.

Así va Haroldo, ó así quise yo que fuera—ya sé que no es lo mismo—en su peregrinacion por el mar infinito y tormentoso, entre *su madre*, que simboliza *el misterio de lo pasado*, y Aurelia, que á su vez simboliza *las esperanzas de lo porvenir*.

El misterio del orígen del hombre tiene dos términos: es un problema con dos soluciones aparentes, entre las cuales ha de escogerse la verdadera. Ó procede el sér humano de las fuerzas materiales en sus luchas y conflictos, y segun sus leyes de desarrollo; y es un último y superior grado de la escala animal; y el apetito de la carne lo engendra y arranca del fango; y sólo por ascensiones sucesivas llega á coronarse Rey de la creacion en la cúspide de las montañas. O por el contrario, su origen es espiritual y celeste; y procede de un sér superior; y recibió conciencia y libertad de quien conciencia y libertad tenía, ó algo más noble y más excelso que ambas fa-

cultades, siquiera nosotros no podamos comprender lo que sea una cosa ó una facultad superior á ambas, que son para nuestra inteligencia los límites de la perfeccion.

Pues un símbolo de este misterio es el misterio del drama. *Ausquerda*, por los accidentes de la accion dramática, y *en un solo giro de la esfera*, que en lenguaje prosáico quiere decir en veinticuatro horas, *fué de Einar*, su legítimo esposo, su amado y su Dios, bajo la tendida vela, compañera del viento y de sus ráfagas, que formó su tienda ante el Castillo del conde; y *fué de Lotario*, el brutal y el traidor, por la violencia, en la sala del festin de su sombría fortaleza. Huye Ausquerda en las barcazas normandas, y en alta mar nace Haroldo: ¿quién es su padre? ¿Einar, el sér superior, el semi-Dios, el amado de Ausquerda? ó acaso Lotario, el de los apetitos materiales, el de la lucha y la sangre, el que simboliza las fuerzas groseras del mundo inorgánico? Esto es lo que no se sabe, ni durante el drama, ni al fin el drama; como al fin del drama humano aparece de nuevo entre las nieblas de la agonía el mismo misterio, que apareció en su orígen entre las sombras de los gérmenes.

El hombre, entre ambas negruras, la que precede á su nacimiento, la que llega al borde de su fosa, vive como puede, luchando, venciendo, siendo vencido; entre ódios y amores, traiciones y esperanzas: como Haroldo entre Aurelia, Erico, Egil y Raguenhar, frente al castillo de Lotario, y asaltándolo una y otra vez con el rabioso empeño del que quiere penetrar en lo impenetrable. *Sueña* entre Erico y Egil con un porvenir de amor, de gloria y de inmortalidad, bajo el lienzo de su tienda; y entre tanto *por fuera*, el desengaño y la traicion se preparan á herirle, y Raguenhar se los trae y con ellos le hiere en el centro del corazon.

Pero ¿á qué molestar á nuestros lectores, si ya la clave está dada? Todo personaje, toda escena, casi toda frase de la obra tiene un objeto dentro del simbolismo, que me propuse *dramatizar*; y las cosas al parecer más inconexas se enlazan íntimamente en la unidad de mi pensamiento, desde los proyectos de venganza hasta los amores con la dulce esclava cristiana, desde las lealtades y deslealtades de Erico, hasta los reconcentrados ódios de Raguenhar, desde la noble sombra del héroe normando hasta el valor frío y desdeñoso del conde.

Caminando por estos breñales, y por entre estas enmarañadas zarzas, lle-

gamos al tercer acto, que es llegar Haroldo al término de su vida, desprendiéndose poco á poco de todo lo humano que le rodea.

De Aurelia le separará el espacio, y le separará el tiempo; que á su castillo y con sus deudos la manda, arrancándola de sus propios brazos. De Erico le separará la muerte, que defendiendo la entrada del negro salon caerá al fin el fiel amigo. De su madre, el mayor de los abismos, *la duda*.

Ya va á penetrar el misterio, ya se prepara á saciar su venganza, ya tiene á Lotario en su poder: pero todo imposible, el misterio es tan profundo como ántes de penetrar en el castillo: pensaba encontrar al matador de su padre, y quizá es su propio padre el brutal asesino.

Una cadena los ata: ya es eterno camarada de un misterio, y abrazado él caerá en los negros abismos del mar, que son los negros abismos de l muerte.

Aurelia, que es el porvenir, el amor y la luz, irá muy léjos; á su castillo condal, á cuya puerta llama el olvido, el viajero que siempre llega. ¿Le será fiel ó buscará otros amores?

¡Quién puede penetrar en lo porvenir!

Ausquerda, en cuyo seno se encarna la duda, queda sujeta por Raguenhar, que es lo más bajo y lo más grosero de la materia.

Pero ni áun en el último momento se da por vencido Haroldo: él mismo ata á los remaches de su cinto férreo la cadena del conde Lotario, que es ya cadáver á sus plantas, y lanza á Raguenhar un grito de desafío, que es un *grito de esperanza*. A buscar, dice, voy á mi padre, con éste que acaso lo es, al abismo de los antros negros, que es el mar; y como lo encuentre, en estando juntos, juntos subiremos tambien al otro abismo, al de los cielos azules.

Haroldo y Lotario; éste que ya es cuerpo muerto, y materia inerte; y aquél, que aunque ligado al conde, vive todavía, y quiere vivir siempre, y es espíritu, ó aspiracion á lo espiritual, allá van juntos á donde *saben lo que saber quieren ambos*; es decir, al otro lado de la barrera negra que separa lo humano de lo eterno.

Hé aquí en muy breves frases condensado el pensamiento del drama: para explicarlo todo, sería preciso escribir otro, pero en este caso era preferible haber escrito el segundo.

En resúmen, mi última obra es un drama simbólico, filosófico, metafísico

y quinta-esenciado, que se encarna en varios personajes, y, sobre todo, en el carácter de Haroldo, al cual me he esforzado por dar *realidad humana*. Yo bien sé que estos tiquis-miquis no son propios de la escena; pero téngase presente, que estas lineas no son una defensa, sino una confesion: y por lo demas, como dijo el otro, todo el mundo es dueño, bajo su responsabilidad, de hacer de su capa, sayo; y de su pellejo, tamboril.

José Echegaray.

DOLORA

—

LA FE DE LAS MUJERES

Cierto monte por su altura
No dejaba ver el mar
Desde la casa del cura
De un lugar:
Para ampliar el horizonte,
Con un cuento baladí
Trasportó el cura aquel monte.
—«¿Cómo?—Así:
—«Á las que una piedra, dijo,
»Lleven de aquel monte, Dios
»Les dará á algunas un hijo
»Y á otras dos.»—
Hubo mujer diligente
Que se llevó de una vez,
No una piedra solamente
Sino diez.
Con fé, rubias y morenas
Fueron al monte á buscar
Mas hijos-piedras que arenas
Tiene el mar.
Despojando grano á grano
Las niñas el monte aquel,
Lo pusieron con el llano
Á un nivel.
Perdió así el monte su altura,
Y al fin vino á resultar
Que desde casa del cura
Se vió el mar.
Como crée con las entrañas
Toda mujer, cuando crée,
Trasporta hasta las montañas
Con la fé.

R. DE CAMPOAMOR

LA CAJA DE JUGUETES

Llegó el penoso trance de la partida. Lola se abrazó llorando á su esposo, miéntras éste besaba delirante á los niños, dos querubines pequeñuelos de mejillas de amapola, con unos ojos rasgados y azules y unas rubias guedejas ensortijadas. Era aquél un cuadro patético que hacía derramar gruesas lágrimas al asistente.

Dos meses ántes, Cárlos, paseándose por el cuarto de banderas, se había recitado este monólogo:

—¡Es cosa resuelta!... La guerra se ha hecho para los militares. Yo tengo treinta años y el grado de comandante. Por mal que la cosa se presente, dentro de algunos meses vuelvo con dos galones dorados en las boca-mangas y el mando de un batallon de cazadores. ¡Pobre Lola!... Señal es de que toca la guerra á su término cuando se recrudece... Estoy atrasado en mi carrera. Convengo en que el porvenir no me inquieta por Pepito; cuando cumpla la edad reglamentaria puede ser caballero cadete, como ha sido su padre... y su abuelo... ¡Pero esa niña! Una mujer sin dote es como un oficial de reemplazo. Al ménos, cuando el padre ha conquistado una verdadera posicion, á la sombra de éste... ¡Nada! Es fuerza que mi pequeña Flora,

ese diablillo adorable, que promete ser una rubia espiritual, encuentre á su debido tiempo un buen esposo, que no sea, como su padre, simple capitan...

—Supongamos, y esta es la peor suposicion, que recibo un golpe desgraciado. A los ojos de Dios será siempre meritorio sacrificar la vida por un angelito. ¡Diablo! No me hace gracia la idea... Cada vez que me mira con aquellos ojazos de cielo y me sonrie con aquella boquita de fresa, creo que se burla porque soy capitan, y me pide un sombrerillo de raso blanco con plumas de colibrí, como el que llevaba esa chicuela verdosa del coronel el domingo pasado... ¡Caramba! Ahora mismo voy á escribir la exposicion solicitando de voluntario el pase á campaña...

—

Y la madre y los niños se quedaron solos, presos de mortal melancolia, en una oscura ciudad de segundo órden, dentro de un destartalado caseron viejo, sobre cuya puerta de entrada, bajo el plafon de la cornisa, veíase un enorme escudo heráldico, y á cada uno de los lados de la puerta unas rejas cuadradas y salientes. Fué un tiempo palacio aquel del Tribunal del Santo Oficio, al decir de la tradicion, y reinaba allí ese frio uniforme de las ruinas, esos rumores inalterables de las viviendas inhabitadas y esas herrumbres de los parajes húmedos. La fachada posterior de este edificio constituía una de las cuatro líneas de un extenso patio cuadrado, con un alto pozo en en el centro, un parral en forma de pórtico en un ángulo y un maceton de mampostería en el muro frontero á la casa, sembrado de campanillas de colores. Allí, á la caida de la tarde, cuando el sol hiriendo las anchas hojas de la parra envolvía en una lluvia de esmeraldas los contornos del zaguan, Flora y Pepito, con algunos niños, daban expansion á sus locos regocijos. Solía Flora acercar una maceta vuelta al brocal del pozo, encaramándose allí, entre asustada y burlona, para interpelar á ese duendecillo misterioso que reside en el fondo del agua, y cuando pronunciaba una frase, volvía la cabecita para no perder el último timbre del eco, y luégo lanzaba una ruidosa carcajada palmoteando alegremente. En las tardes de Mayo se confundeh los gritos de los niños con los trinos de los pájaros.—Y es que los pájaros tienen algo de niños, y los niños mucho de pájaros.—Eran aquellas campanillas blancas, rosadas y azules, enhebradas en un largo mimbre que Flora sujetaba sobre la cabeza de Pepito y hallábale así parecido con el

hombre de piedra, frase con la cual distinguía una estátua desmoronada de la plazoleta del pueblo.

—

Llegó un domingo lluvioso. El ancho patio se había convertido en alberca. Aquel escueto emparrado percibíase confusamente á traves de esas extrañas cortinas que tejen el polvo y el agua. Mirando el patio por entre las nieblas de los vidrios, asemejábase á un solitario cementerio ante los helechos de los tapiales y la cruz de hierro del pozo, colocado como una tumba en el centro de aquél.

Flora y Pepito habían allanado una de las habitaciones altas de la casa, que era estudio de Cárlos, revuelto y desordenado todo, con la febril curiosidad de los niños; y cada vez que encontraban un objeto cualquiera, decian con vivo gozo: *esto vale para jugar*. Debe advertirse que, meses ántes, Cárlos, precisado á complacer á uno de sus jefes, encerrábase con éste en aquel cuarto, y convertido en profesor de táctica, explicaba sus lecciones sin grandes resultados. Para ello, y en vista de que no era el rasgo saliente del respetable discípulo esa cualidad notoria que ha enaltecido, en *Los capitanes ilustres*, el inolvidable general San Miguel, Cárlos iba alineando sobre la mesa unos doscientos soldados de plomo que, á su voz, maniobraban en el tablero como un peloton de reclutas en campo raso; y cuando por complacencias pérfidas del destino el apurado jefe disponía ciertos movimientos tácticos y la cosa se embrollada, un puñetazo formidable de éste, como si hubiera caido una bomba sobre los infelices soldados, hacía saltar á todos aquellos héroes de fusible y venenosa condicion.

—

Siguiendo los niños la tarea de sus incautaciones, ¡oh indescriptible sorpresa! hallaron en los cajones de una arqueológica taquilla, y bajo un cúmulo de legajos y mamotretos, la caja de soldados, aquella caja que causaba la desesperacion del jefe de Cárlos y que constituía un verdadero sueño de color de rosa para los dos ángeles... ¡Con qué gritos, con cuántas risas, y con qué palmoteos fué celebrado este descubrimiento prodigioso! Hablaban balbucientes á un tiempo. Sus ojos parecian gusanillos de luz. Era el paroxismo de la alegría en toda su peligrosa manifestacion.—Flora, pasados los primeros instantes, se quedó muda con las manos extendidas hácia *la caja de juguetes*, contemplando fijamente á su hermano, como quien de-

manda apoyo moral al sentirse desfallecer... Pepito supo imponerse á las circunstancias. Dirigió una mirada varonil á Flora, acercóse á la caja dominando su emocion, la cogió con ambas manos, y sentándose en el suelo, dijo resueltamente:

—Vamos á jugar.

—

El regimiento de Cárlos habia combatido con denuedo en las primeras avanzadas del ejército. Hallábase el campo cubierto de cadáveres. Ya la noche extendia sus sombras y aún multitud de heridos quedaban por recoger. Un sargento de Albuera, encargado de una ambulancia, encontró en las manos crispadas del capitan un papel que decia:

«Mi querido papá: Desde que te has marchado rezo al acostarme por ti. Estoy muy triste porque no puedo besarte todas las mañanas; pero confio en que Dios te conservará la salud y volverás pronto para darme muchos besos. Ahora soy muy buena para resarcir un poco á mamá de lo que sufre con tu ausencia. Pepito dice que se aplica para poder escribirte.—Adios, idolatrado papá; te besa tiernamente tu hija que te ama—*Flora.*»

—

En tanto que, una mañana alegre y hermosa, la madre con mortal impaciencia esperaba el correo, los niños, bajo el tupido emparrado, disponian en largas hileras los reclutas de plomo, que una rábea cinta de luz, rompiendo por entre los intersticios de las hojas, envolvía en cambiantes irisados y resplandecientes. Ningun juguetillo habia merecido jamás las amorosas atenciones que al hallazgo se prodigaban, por ser aquella caja de papá, segun decian los pequeñuelos.

Pepito propuso que se diera una batalla. Acogió Flora la idea con entusiasmo. Dividiéronse los beligerantes en dos porciones iguales, y tomaron el mando los niños de cada uno de los cuerpos de ejército. Una figurilla con espada en mano é insignias de comandante pasó á las inmediatas órdenes de Flora.

—Este será papá—dijo la niña.

—Bueno. Este será otro general—repuso Pepito eligiendo un especie de *confalonier* pintado.

—Ahora suena la corneta. Tú hacias como que eras cobarde, y luégo se acercaban todos los soldados... Este manda más... y va y le dice...

—¡Talará, talará! ¡Tú no me matabas á los mios, eso no!—decia Pepito.—Primero iban cayendo algunos muertos, y sonaban muchos tiros, pim, pam, y luego tú corrías, y despues, catapum, sonaba una descarga...

—Bien; pero papá nunca era cobarde—añadía Flora.

—¡Marchen! ¡Fuego! ¡Paso redoblado!—gritaba Pepito.

Extendióse el combate por toda la línea. El muchacho defendía su puesto como si hubiese heredado el bélico ardor... La rubita, por su parte, no se olvidaba de que aquel muñeco que tenía en la mano derecha era su papá, y, por consiguiente, se entusiasmaba de lo lindo.

Sucedió una catástrofe inevitable.

—¡Papá puede más, papá puede más!—decia angustiosa Flora.—¡Eso no vale! Pero el generalísimo del otro bando ya no atendía á razones. Iba derribando á sopapos los soldados de Flora, y reía á carcajadas ante la situacion apurada de la niña, predispuesta á llorar dada el barbarismo de su hermano.

Una chispa de cólera relampagueó en sus ojos azules. Apretó con ira al capitan de plomo que no había soltado de la mano, se puso de rodillas en e suelo, y repartiendo sendos testarazos, declaró en dispersion las huestes enemigas.

—¡Jesús! has muerto á papá—exclamó Pepito.

Con efecto. La niña, cegada por el calor de la refriega, había partido en dos mitades la predilecta figurilla.

Flora quedóse contemplando el desastre pálida y con la boca abierta.

Despues se cubrió la cara con sus manitas y rompió en un llanto ruidoso y desconsolador.

Ante aquel inesperado desenlace, Pepito echó á correr para eludir toda responsabilidad.

—

Lola acababa de recibir la tremenda noticia. Hallábase en una ancha y oscura sala del piso superior, rodeada de varias amigas, con el espanto en el alma y el frio de la muerte en el corazon, viendo surgir en las sombras, como fantasmas del sueño, todos los recuerdos de sus floridos amores.—Aquella primera cita á la luz de la luna y aquel último beso en torno de sus hijos. La reja de sus esperanzas de niña y el altar de sus juramentos de esposa. Las furtivas miradas en el pórtico de la iglesia, los suspiros cambia-

dos bajo el perfume de los azahares de Andalucia, los celos fingidos al resplandor de las verbenas, los billetes que aportaban quejas y flores, los castillos de oro del porvenir de los niños edificados por ambos en las veladas del invierno, todo pasaba ante su vista entre nubes de eterno dolor y soledad...

Flora, en aquel momento, llevando apretados en la mano los dos trozos del oficial partido, se acercó lentamente y sollozando á su madre.

Hubo un instante de imposible descripcion.

La viuda cogió á su pequeña arrebatadamente, la sentó en sus rodillas, dejó escapar un grito de agonía, y cubriendo el espantado rostro de Flora de lágrimas y besos, exclamó delirante:

—¡Hija, hija de mi alma! ¡Ya no tienes padre!

La niña rodeó con sus bracitos desnudos el cuello de su madre, cobijóse en su pecho, y dijo llorando y gimiendo:

—¡Ay, mamita mia! ¡Sí, sí! Yo he matado á mi padre... ¡Pero no volveré á hacerlo más!

ROQUE F. IZAGUIRRE.

15 Agosto 81.

NUEVO GÉNERO DE ESCLAVITUD

A MI QUERIDO AMIGO, D. F. DEGETAU Y GONZALEZ

Triste, muy triste es que sobre la historia de países cristianos haya pesado por espacio de tantos siglos el negro borron de la esclavitud, y sólo puede consolarnos la idea de que á la generacion presente le corresponde para el porvenir la gloria de haber abolido ese tráfico odioso, que tanto rebajaba al infeliz vendido como á sus inhumanos mercaderes.

Ciegos nuestros padres, no veían la inmoralidad de esta institucion horrible, negacion absoluta de la sagrada doctrina del Cristianismo.

La sangre del Gólgota fué perdida hasta hoy. El triunfo del Cristianismo no se ha realizado hasta la abolicion de la esclavitud.

¿Cómo los derechos de la conciencia humana han podido permanecer ignorados por tanto tiempo?

¡Incomprensible atrofia del cerebro de la humanidad!

Pero ésta despertó un día, entre las convulsiones de una revo-

lucion, y las antorchas revolucionarias llevaron su luz á los cerebros, su fuego á los corazones, y entónces los pueblos tuvieron conciencia de su sér y comenzaron á vivir.

Hasta aquel momento solemne (1789), los pueblos habían permanecido en la infancia. Los tiranos fueron sus tutores.

Ellos son responsables de tanta iniquidad.

La esclavitud fué la obra de los tiranos.

La emancipacion es la obra del pueblo.

Pero ¡ay! El pueblo ignora hasta qué punto se falsean las leyes todas, y cómo con la apariencia de la legalidad se cometen los más vergonzosos abusos.

Denunciar injusticias es contribuir á la obra del progreso.

Y nosotros, que aspiramos á la gloria de la abolicion de la esclavitud, no debemos dormir sobre los conquistados laureles.

Aún queda un largo y espinoso camino que recorrer.

Y si nosotros queremos la abolicion por un sentimiento de justicia, sin que entre en él para nada el egoismo de la conveniencia, habremos de reconocer, que en tal sentido, debe despojarse á los ingleses de la gloria de la iniciativa.

Calcúlase en quince millones el número de negros desembarcados en América en el trascurso de un siglo, y en otros quince el número de los que han sucumbido en la travesía. Tenemos la poblacion africana disminuida en treinta millones de habitantes, sin contar las numerosas víctimas ocasionadas por las contínuas guerras que entre los diferentes Estados africanos ocurrían sin más objeto que el de hacer prisioneros para venderlos por esclavos.

Esta disminucion de hombres que ya daba por resultado el aumento de precio en la *mercancía*, tenía que concluir por la rápida, ya que no repentina abolicion de la trata y de la esclavitud.

Para las colonias se presentaría entónces un verdadero conflicto social.

Algunos políticos ingleses lo presintieron, y teniendo en cuenta además lo que este tráfico influía en las costumbres de muchos navegantes que, avezados al crímen, traían al suelo de Europa hábitos repugnantes de salvajismo, se comenzó á pensar en una abolicion gradual para prevenir verdaderos conflictos sociales y económicos, y se dió el primer paso.

Pero despues el pueblo, separándose del terreno del cálculo, habló solo en nombre del derecho, en nombre de la humanidad, y la esclavitud está, ó, mejor dicho, parece abolida.

Y fijémonos que en España ha sido tambien necesaria una revolucion (1868) para que los derechos humanos fueran reconocidos.

Pero ya que hemos llegado á la abolicion legal, llamemos la atencion sobre la esclavitud ilegal, señalemos el vicio para que se piense en el remedio.

No nos referimos al patronato, verdadero y tímido compás de espera, que ha diferido por veinte años el anhelado momento de la abolicion, sino al tráfico de chinos, nueva fase de la trata de esclavos.

Existen en Macao (China) unos destartalados edificios, que llaman los portugueses *los barrancoes*, donde son poco ménos que encarcelados los infelices *koulís*, chinos proletarios, que se reclutan en todo el territorio del Celeste Imperio con destino á diferentes puntos de América.

Cuando hay número suficiente para cargar un barco, se los reune, se les da á conocer un contrato más ó ménos lisonjero, se les pregunta si aceptan, y sin otras formalidades, un notario levanta acta, y quedan contratados.

En seguida son conducidos á bordo, el buque se da á la mar, segun la estacion y el punto de su destino hace rumbo á doblar el Cabo de Hornos ó el de Buena-Esperanza, y los koulís son desembarcados á muchos millares de leguas de su patria, para convertirse en esclavos de todas las miserias.

Si despues se cumplen ó no las condiciones del contrato, no hay para qué decirlo.

El gobernador portugués de Macao, despues de reglamentar los embarques, en la prevision de que la codicia no amontone mayor número de infelices de los que deben ir en cada barco, procura inspeccionar éstos, para que los reglamentos se cumplan, como única garantía que puede disminuir las penalidades y privaciones que han de experimentar en el viaje. Las empresas dedicadas al tráfico de koulís dan al capitan del barco una prima de una libra esterlina por cada chino que desembarca en América en buenas condiciones de salud; pero de nada sirven todas estas precauciones. En primer lugar, se verifican muchos viajes clandestinos fuera de Macao y de la vigilancia, por tanto, del gobernador, y en segundo, la verdadera esclavitud de los koulis comienza el día de su desembarco en el Callao ó en la Habana.

Para estos reclutamientos hay agentes chinos que, fingiéndose en la mayor miseria, van de pueblo en pueblo, haciendo saber á las gentes sencillas que se han contratado para América, en condiciones tales, que van á realizar una fortuna, y los pobres se dejan engañar, y seducidos por sus promesas los siguen hasta Macao, ó hasta alguna solitaria bahía, donde son contratados y embarcados inmediatamente, ántes de que puedan darse cuenta de lo que hacen.

Cuando vuelven en sí ó conocen el engaño, ya no tiene remedio. Despues, las falaces promesas se convierten en una vida de

trabajos, de fatigas y de privaciones ó en una muerte próxima y horrible.

Arrancar á los pobres de sus hogares, engañarlos miserablemente, haciéndoles creer que van á mejorar de situacion y de porvenir, llevarlos muy léjos y convertirlos en esclavos por la miseria, por la imposibilidad de volver á su patria, por la fuerza de las circunstancias, es un nuevo género de esclavitud más ignominioso, más repugnante que el antiguo.

Los koulís pasan ménos tormentos en sus viajes que pasaban ántes los negros; pero sufren más en esclavitud.

El negro era propiedad del amo, y representaba un capital, que éste cuidaba de no perder.

El chino carece de esta ventaja. Los que le contratan no tienen interes en que viva ó muera, y, como por otra parte, los chinos son una raza inteligente, de aquí que con la esclavitud se centuplican sus sufrimientos.

Y no se diga que no son esclavos, sino hombres libres, que libre y expontáneamente aceptan un contrato, porque este contrato no se cumple, y el desdichado koulí queda esclavo de la necesidad, la peor de las esclavitudes, sin medio alguno que de ella le redima.

Todo esto es una iniquidad. Se abusa de la ignorancia, de la buena fe y de la inocencia.

La frase, vulgar en nuestro país, «te dejas engañar como un chino», resulta justificada.

En cuanto á la suerte que espera á los koulís en América, hay muy poco que decir.

En la Isla de Cuba se piensa en los chinos para reemplazar á los negros, y se les dedica á los más duros trabajos, con bien exígua ecompensa.

En el Perú sucede lo mismo.

En California no es más lisonjera su suerte. Los chinos que emigran al país del oro proceden del Mediodía del Celeste Imperio, y son de una clase superior por todos conceptos á los que se embarcan en Macao con rumbo á Cuba y al Perú. Muchos de ellos han conseguido establecerse en California, montando un comercio importantísimo; pero, en general, el elemento chino arrastra una precaria existencia.

En California puede decirse que los hombres de raza amarilla están colocados fuera de la ley. Sobre ellos pesan impuestos de capitacion extraordinarios, sin que por esto sus intereses se encuentren garantidos. En los *criaderos*, los blancos se apoderan frecuentemente de los terrenos adquiridos por los chinos, y si éstos se atreven á resistir, se exponen á morir asesinados. Cuando estos crímenes se cometen quedan impunes, porque no hay blanco que declare en contra de un hombre de su color y en favor de un chino, y el testimonio de éstos no se admite ante los tribunales.

De aquí resulta que los chinos viven á merced del capricho y del odio de los blancos, representando constantemente el papel de víctimas.

Tal es la situacion de la raza amarilla en estos países, y para arrastrarlos á estas penalidades, á estos atropellos, se arranca á los chinos de sus hogares, engañándolos con falsas promesas.

La trata de carne humana, ha cambiado en el color de la mercancía; pero esta esclavitud, hipócritamente disfrazada con el nombre de contrato, subsiste con el conocimiento, y áun con el consentimiento de las naciones todas, que se hacen solidarias de la indignidad.

¡Ah! La esclavitud reviste muchas formas y no están abolidas en su mayor parte. Visitad los hospicios, los asilos para indigen-

tes, los cuarteles, los barcos, los antros de la miseria, y vereis qué número tan infinito de niños, de ancianos, de mujeres, de infelices de distintas edades, gimen en ignominiosa esclavitud.

La obra, pues, de la abolicion no está terminada.

Trabajemos en ella, cada dia con mayor empeño, porque así lo reclaman el derecho, la justicia y la conciencia.

V. Moreno de la Tejera.

Á DÓNDE IRÁN!

I.

En la casa más humilde
De una miserable aldea,
Un muchacho y una anciana,
Frente á frente, asi conversan.
—Abuelita, esta mañana,
Subí por un haz de leña,
Y ví pasar por el monte
Muchos soldados de veras.
¡Llevaban sables muy grandes,
Y cañones, y escopetas,
Y caballos muy bonitos,
Y músicas, y banderas,
Y unas cosas como camas
De negros hules cubiertas...!
¿Adónde irán, abuelita?
¿Adónde irán?
—A la guerra.
—¿Y que es eso?
—Lo más triste.
—Vá...! Tú me engañas, abuela.
¡Si algunos iban vestidos
Con trages de oro y estrellas...!
Como que estuve tentado
A ir detrás, sólo por verlas.
Anda, llévame abuelita,

Llévame, no seas terca.
—Infeliz...! ¿Que yo te lleve?
¡Si lo que es eso supieras!
—Anda miedosa, miedosa.
—¡Pobrecito...! Escucha.
—Empieza.

II.

—A esos soldados que has visto,
Caminando por la sierra,
Agóbianlos el cansancio,
Hambre, sed, sueño y tristeza:
Pues se van dejando atrás,
Las torres de sus aldeas,
Los hogares donde alegres
Deslizaban la existencia;
Las flores de sus campiñas,
Las amistades sinceras,
Mil recuerdos venturosos,
Mil esperanzas risueñas;
Fuentes que oyeron suspiros,
Cruces que oyeron promesas,
Y madrecitas del alma
Que no verán ya su vuelta.
A sufrir van... ¡como héroes!
A luchar van... ¡como fieras!
A morir van... ¡como mártires!
—¡A morir...! ¡Quién lo creyera!
¿Y por qué van á morir?
¿Y por qué todo lo dejan?
—Porque algun hombre ambicioso,
Su dominacion extienda.
—¡Y por un hombre se matan!
¡Y por un hombre es la guerra!

¡Ay, qué niños son los hombres!
¡Ay, qué niños son, abuela!

III.

—Luego ¿ya no quieres ir?
—¡Jamás!... Aunque me vistieran
Con el trage más bonito
Cubierto de oro y estrellas,
No me iría de tu lado.....
Y áun cuando suba por leña,
Y vea pasar muy majos
Cien mil soldados de veras,
Diré acordándome siempre
De lo que triste me cuentas:
¡Adiós, los que á morir vais,
Para que uno se engrandezca!
—¿Y si al oir tus palabras
Alguno viene y te lleva?
—Que antes me lleve el Señor;
Yo no quiero ir á la guerra...
.....
Y arrojándose en los brazos
De aquella anciana tan buena,
Repetía sollozando
—Que no me lleven, abuela!

FRANCISCO DE ARECHAVALA.

LA CELEBRIDAD

No lo creas, mi bien, el mundo miente
El genio es un castigo.....!
CAROLINA CORONADO.

I

—¡Mira, mira, qué mujer tan adorable! ¡Qué dulce é inteligente expresion la de su semblante! ¿Quién será?

—Ya sabes que acabo de llegar de mi provincia, y que no conozco á nadie; pero allí está tu amigo Luis, que te sacará de dudas.

—Es verdad... Luis, tú que todo lo sabes, dime, quién es esa damita tan pequeña y delicada que ocupa aquella butaca, ¿la conoces?

—¡Hum! contesta el interpelado con un gesto equívoco: ¡que si la conozco! ¿Quién no la conoce en Madrid? ¡Es *una celebridad!*

—¡Una celebridad! ¿En qué?

—Escribe novelas.

—¡Qué lástima! exclama el admirador: ¡y á mí que me gustaba tanto!

—¿Sí? Pues anda, atrévete á decirla algo; estás fresco! ¡No se burlará poco de tí!

—¿Burlarse con esa dulce fisonomía?

—¿Qué tiene eso que ver? Las escritoras no son como las demas mujeres; fingen siempre y en todo; ellas no producen más que majaderías que hacen dormir; pero en cambio son burlonas, satíricas, perversas; conque mira, te aconsejo que cierres los ojos ó te vayas de aquí para no ver á la celebridad, ó tendrás que arrepentirte mucho. Fernando, tú eres muy inocente y no conoces el mundo ni á las mujeres.

Fernando suspira y guarda silencio; es una naturaleza tímida y orgullosa á la vez; *la celebridad* le espanta; y no obstante, sus ojos no pueden separarse del plácido y dulce rostro de la *literata* (así la llama él, como es achaque comun en los hombres); la encuentra simpática, atrayente, dulce, la adora ya en secreto; pero una voz, la de su razon severa, le dice al oido.

—Huye de ella; ¡una mujer célebre! no será poco burlona y poco incisiva, y no te hallará poco ridículo!

Y al terminarse la funcion, la sigue con una mirada cuando se aleja, y exclama:

—¡Ah! ¡Porque no será la mujer más vulgar y más desconocida!

II

La escena es en el recien restaurado y elegantísimo café de *La Iberia*.

En una mesa bastante grande hállanse sentadas cinco ó seis damas, y á su alrededor hay otros tantos caballeros.

Una señora muy pintada y muy vieja, adornada con un sombrero *carabá* muy exagerado, dice á media voz:

—Ahí viene la de Santiso, ¡qué fea es!

—¡Pero qué bien escribe! exclama uno de los caballeros volviéndose rápidamente.

—¿Quién dice que es fea? pregunta con sorna otro de los concurrentes, el mismo que lamentaba que no fuere una vulgaridad.

—¿Pues qué le halla V. de bonita? pregunta otra dama muy picada.

—¿Qué le hallo? Todo; y por encima de todo, la atractiva expresion de su fisonomía.

—¡Pues hijo, dígale V. algo! Bien fácil es.

—No me atrevo á decirla nada, señora; porque ántes bien la creo muy difícil.

—Pues es un error; y además á sus años...

—¿Qué años *la dá* V., señora?

—¿Qué sé yo? ¡Hace veinte que escribe! Amigo mio, las *celebridades* son como los Reyes: no pueden ocultar la edad: en cambio de sus muchas dichas, tienen esa desgracia.

Uno de los concurrentes á la tertulia miró tristemente á la jóven que ha-

blaba así: era su novio, y nada es tan sensible para un hombre de honor, como descubrir malos sentimientos en la que ha elegido para compañera de su vida.

—Tengo entendido que esa señora empezó á escribir novelas desde su más tierna infancia, dijo gravemente, y que su familia publicó la primera suya cuando aún no contaba diez años.

—¡Patrañas! observó otra de las señoras; á los diez años no se escriben novelas.

—Es un cerebro privilegiado.

—Pues buen provecho le haga á V.; ódio á esas mujeres que invaden el terreno de los hombres.

—Yo las compadezco, dice el más anciano de los concurrentes; las mujeres las detestan, en efecto, por emulacion, y los hombres las temen por su talento.

—¿Y con quién va?

—Con una *cursi*. ¿Quién ha de ir con una *celebridad?* Son tan extravagantes las mujeres notables, que su compañía debe ser muy fastidiosa.

—Y luego tienen mala fama: esa estuvo separada de su marido, y despues de viuda se divierte de lo lindo, sin respetar á los maridos de las otras.

En tanto que así desgarran su honra, calumnian sus sentimientos, y acusan su corazon, la desgraciada víctima atraviesa dos salones, y distintas personas dicen á media voz:

—¡La de Santiso!

—Ahí va la de Santiso.

—Me gusta mucho, dice una señora jóven y agraciada y hubiera podido tratarla por medio de una parienta suya; pero me asusta *su celebridad:* ¡la parecería yo tan vulgar y tan necia!

III

La tarde está hermosa y apacible: el mes de Junio participa de los bellos dias de la primavera y del cálido ambiente del estío: por una de las alamedas de la Castellana, va la *celebridad* con un caballero jóven de figura agraciada y distinguida.

En la calle donde la gente se sienta, un grupo de señoras repara en ella, porque siempre son las señoras las que la ven así que aparece.

—La de Santiso viene *con uno*, dice dando la voz de alerta una de ellas.

—¡Qué atrevimiento! murmura otra púdicamente: una persona *tan conocida*, ir así á paseo!

—¡Pero señoras, por Dios, si va por una calle que no hay nadie! observa un esposo indulgente.

—¡Sólo faltaba que viniera por aquí! lo que es yo la trato algo, de verla en casa de unos tios suyos; pero ya no la vuelvo á saludar.

—¡Y harás muy bien! Es denigrante tratar á una mujer así por más literata que sea.

—Si todo *lo que hace* fuera á la sombra de un marido, pase; pero así, viviendo sola, es inaudito.

—Pero señoras, ¿no dicen Vds. que es vieja y fea? ¿Entónces qué puede hacer? ¿Ó es que no quieren Vds. que vaya al teatro, ni que pasee, ni que mire á nadie?

—¿No es una *celebridad?* ¿No la conoce todo el mûndo? Pues que se fastidie.

—¡Pues ya se fastidia! contesta el marido aburrido que defiende á la *celebridad*, y desde luego hablan Vds. por hablar, porque el que la acompaña es un hermano suyo que acaba de llegar á Madrid.

—¿Un hermano? exclama el coro femenino con una carcajada; será hermana de él en Adan. *¡Las celebridades*, si tienen familia, reniegan de ellas!

IV

—¡Oh, funesta, terrible *celebridad!* ¡Tú eres el manto de plomo de que habla el Dante, y que abruma al que lo lleva!

Tú pones en relieve todos los defectos, aguzas el aguijon de la envidia, robas toda libertad y sujetas á la más odiosa esclavitud.

Si al hombre impones rudos y terribles deberes, cuando te alcanza la mujer, al conseguirte es para ser tu víctima inerme, á la que desgarran todas las furias que habitan la tierra, y que son más crueles que deben ser las del infierno.

¡Cuántos amores tiernos y sinceros retroceden ante tí! ¡Cuántas veces has ahogado una profunda y generosa simpatía!

¡Dichosa mil veces la mujer cuyo nombre no ha salido del plácido recinto de su hogar! ¡Dichosa la que nacida con talento, lo ha consagrado sólo á la dicha de su esposo y de sus hijos!

El genio radioso y reconocido, es la túnica del Neso que abrasa al que la lleva; como dice Carolina Coronado, *El genio es un castigo.*

María del Pilar Sinués.

HILACHOS

El amor turba la inocencia como la caida de una flor turba la serena línea recta de las aguas dormidas.

Cuando el barómetro bajaba, la madre del guardia marina se ponía de rodillas delante de la Vírgen. La ciencia evita las tempestades con puntas de platino: la maternidad con oraciones.

Dice el Koram:

—El destino de los séres no puede cambiar.

Y responde la Biblia:

—Un mismo pedazo de hierro fué primero veleta y despues ancla.

La juventud es la gracia de la humanidad y la alegría de los mundos.

Las estrellas son siempre jóvenes.

Cuando la mujer pasa de la niñez á la juventud, cambia sus alas de angel por las alas de Cupido.

El primer amor no se olvida nunca completamente. Hace como que se va y vuelve.

¡Qué solo le deja á uno un desengaño!

J. Ortega Munilla.

EL CENTINELA

I.

Es de noche: Diciembre—frio espantoso
Manto de nieve cubre—el Carrascal;
De vez en cuando muge—un norte helado
Y tiemblan las fogatas—en el vivac.
En el bosque hay rumores—que causan miedo,
En la sierra los lobos—se oyen aullar,
Y parecen oirse—tristes lamentos
Entre la voz terrible—del huracan.
El campo está en silencio—mudo y tranquilo,
Luz dentro de las tiendas—se ve brillar;
Quién se revuelca herido—en duro lecho
Quién escribe, quién juega—quién duerme en paz;
Solamente el silencio—triste que reina
El centinela turba—con su gritar.
—¡Alerta, centinela! dice el primero
Y lejos le responden
¡Alerta está!

II.

¿Qué piensa el centinela—que el viento azota
Como á la peña dura—la airada mar,
Negro, inmovil, terrible—como un fantasma
Devorando sus ojos—la oscuridad?

¿Qué piensa así apoyado—sobre la boca
De su fusil cargado—fiero, marcial,
Miéntras en remolinos—cae la nieve
Sobre ros y capote—sin descansar?
Vosotros, predilectos—de la fortuna,
Vosotros, habitantes—de la ciudad,
Que entre músicas, luces—baile y aplausos
Las horas de la noche—mirais pasar,
Acordaos un poco—del centinela
Que tirita en las cumbres—del Carrascal.
—¡Alerta, centinela!—¡alerta! grita;
Y mas allá responden:
—¡Alerta está!

III.

Yo sé, yo sé qué piensa—el centinela
Que impávido desprecia—la tempestad.
Aunque en el campamento—se halle su cuerpo
Su alma está muy lejos—lejos de allá
Salva las altas cimas—de Montejurra,
Cruza las negras selvas—del Carrascal
Vuela allí, á las llanuras—del Mediodía
Donde tiene su asiento—la dulce paz,
Donde en el campo hay surcos—y no trincheras
Donde de los jilgueros—se oye el cantar,
En vez del estampido—de los cañones
Y la señal de ataque—triste y fatal;
Mas de pronto á su oido—un grito llega
En las rachas envuelto—del huracan.
¡Alerta, centinela! oye que dicen,
Y enseguida responde:
—¡Alerta está!

IV.

Yo sé, yo sé qué piensa—el centinela
Que tirita en las cumbres—del Carrascal;
En su padre, encorvado—sobre los surcos,
En su madre, que llora—junto al hogar,
En una morenilla—que hay en su pueblo
Que derrama á su paso—donaire y sal,
En una reja llena—de clavelinas
Á la que nadie ahora—se vé asomar.
Y con estos recuerdos—que paz respiran
Recuerdos de batallas—mezclados van,
Banderas que tremolan... himnos guerreros,
Regimientos que avanzan—para atacar;
De vez en cuando un grito—débil, lejano,
Sus recuerdos confusos--viene á cortar
¡Alerta, centinela...! suena á lo lejos;
Y contesta enseguida:
¡Alerta está!

V.

Qué confusion extraña—de pensamientos,
De ideas que se empujan—vienen y van,
Que lucen un momento—como un relámpago
Y mueren en su lucha—con las demás!
¿Mas quién refrenar puede—la fantasía
Cuando está el cuerpo atado—en un lugar?
Las horas van pasando—y el centinela
Devora con la vista—la oscuridad.
En las sombras del valle—á veces crée
Lucientes ballonetas—ver avanzar,
Y voces cautelosas—pasos y ayes
Escucha entre el mugido—del huracan:

Y entonces se detiene—requiere el arma,
Y en las tinieblas hunde—su vista aún más.
Y ¡Alerta, centinela!—grita á los otros;
Y lejos le responden:
—¡Alerta está!

RAMON DE MANJARRÉS Y P. JUNGUITA.

UN NUEVO ADELANTO EN EL SIGLO XIX

Hacer bien al desgraciado es obra meritoria, y enseñar al que no sabe, lo es de misericordia. Una y otra son aceptables á los ojos de Dios y de los hombres. Pídenme que contribuya al alivio de una desgracia, escribiendo algunas líneas, y ya que no pueda dar caudales que no poseo, ocúrreme decir algo de lo poco que sé en materia que tengo obligacion de enseñar y en que siempre debo estar aprendiendo.

Siglo de las luces se llama el siglo en que vivimos, y con razon así debe apellidarse, pues nos hizo conocer la luz del gas y en estos momentos se empeña en reñida batalla para iluminar nuestras casas, calles y plazas con la *luz eléctrica,* que sólo demanda una fuerza motriz potente y económica.

¿Pero creerán mis benévolos lectores que pueda iluminarse una ciudad con sus despojos, con sus detritus, ó más claramente, con las basuras é inmundicias, que se barren y recogen en sus calles y plazas? Pues este no es ya un problema, sino un hecho casi resuelto y bien practicado.

La villa de Leeds, en Inglaterra, de más de 100.000 habitantes, destruye las basuras de la poblacion, que tan perniciosa influencia pueden ejercer sobre la salud pública, por medio de la calcinacion en hornos construidos al efecto, cuyo calor sirve para producir el vapor, con que se imprime movimiento á dos molinos, que reducen las escorias á polvo, el cual, mezclado con la cal, pro-

duce un mortero, que se vende á precio muy económico; miéntras que al lado y por el mismo fuego, quedan las basuras convertidas en un carbon muy usado como abono y como desinfectante, que se vende al precio de 36 pesetas tonelada.

Y es lo singular que, por este medio, no sólo se destruyen y queman las basuras y detritus, sino tambien los muebles y las ropas viejas y usadas que pudieran trasmitir enfermedades contagiosas, quedando la villa limpia, libre y purificada de sus inmundicias, que se trasforman en hulla ó carbon y otros productos útiles, suministrando además fuerza motriz.

¿Llegará pronto el día en que estas inmundicias sean trasformadas en luz deslumbradora?

Nada extraño será en este siglo de luces y de tan maravillosos descubrimientos.

Marzo de 1882.

MANUEL M. J. DE GALDO.

LA MUERTE DEL SOLDADO

(Á LAS VÍCTIMAS DE NUESTRAS DISCORDIAS CIVILES)

I

—¡Vencimos, general! ya en la trinchera
El enemigo, en vergonzosa huida,
Su pólvora, sus armas, su bandera,
Tras jornada fatal, dió por perdida.
—¡Bien, coronel! vuestra pericia admiro;
Seguid á ese enemigo desbandado
Sin dejarle un momento de respiro...
¿Y nuestros muertos son?... Nada... un soldado.

II

¡Nada... un soldado! Yace en la llanura
En el abismo del no ser hundido;

Cayó al golpe letal de muerte oscura
El corazon herido.

¡Nada... un soldado! Veinte Abriles tiene;
En su labio infantil no apunta el bello,
De su madre los besos aún retiene
En su rubio cabello.

¡Y no ha de ver los campos de la infancia,
De la oracion primera la capilla,
El valle con su mística fragancia
Y su madre sencilla!

¡Cuántos años de angustia y de cuidado!
¡Cuánta esperanza de eternal ventura,
Al compás de su cuna, habrá soñado
La madre en su ternura!

¡Madre infeliz! No mires el camino
Por do venía al declinar la tarde...
¡Ay! ¡de tu hogar el rojo torbellino
Para tí sola arde!

Ya no hay quien tienda la robusta mano
A tu trémulo paso en la montaña,
Tus ojos buscarán su apoyo en vano
En tu pobre cabaña.

No en larga noche tu deseo cuente
Los dias de la ausencia del soldado;
No volverás á verlo sonriente
En tu umbral desolado.

Ni podrás escuchar embebecida
Su canto del trabajo en la mañana...
¡Ah! el plomo que cortó su dulce vida
Hirió tu frente cana.

Y si la muerte, para tí piadosa,
sus alas templa tu agonía,

No habrá quien llore al borde de la fosa
En tu ceniza fría.

Que allí yace en el campo de batalla
En la sangrienta hierba abandonado;
Al rugido cayó de la metralla!...
¡La nada del soldado!...

III

César y Cárlos, Bonaparte, Atila,
Mónstruos sangrientos; de la guerra padres;
¡En vuestra copa el cielo no destila
El llanto de las madres!

¡Qué amarga fuera entonces de la gloria
La loca embriaguez de vuestra mente!
Otro sería el curso de la historia,
Más pura su corriente.

¡No le hableis á una madre desolada
De patria, de deberes tan prolijos;
Vuestros discursos á su amor son nada;
La pátria... son sus hijos!

Nó; no es la pátria fratricida arena
Do esos reyes disputan su corona;
¡Vedla brillar en la gigante almena
De Numancia y Gerona!

¡Vedla indignada, allí donde dos mares
Eternamente lavan nuestras manchas
de Calpe y Trafalgar en los altares
Jurando la revancha!

Me entristece en las tardes de la aldea
De niños el alegre vocerío;
Al matadero do la sangre humea
Los sigue el dolor mío.

Rubias cabezas, rodareis en breve
Como al cierzo las trémulas corolas,

Antes que os traigan su primera nieve
De los años las olas.

Secad, hijas del pueblo, en adelante
Vuestro pecho negándolo á su anhelo,
Que si la ley demanda vuestro infante,
Tambien lo pide el cielo.

¡Apartad de mis ojos esa cuna!
¡El hombre nuevo en vuestro seno aterra!
¡Condenado está ya por la fortuna!
Lo devora la guerra.

Que allí do el tiempo una existencia hila,
Que allí do suena un infantil vagido,
César y Cárlos, Bonaparte, Atila,
Inclinan el oido.

¡Y en el festin de gloria alzan la copa
Sin que el marmóreo corazon taladre,
Al estúpido aplauso de la Europa,
El llanto de una madre!

R. Ginard de la Rosa.

EL SIGLO DE VOLTAIRE

(FRAGMENTO)

Cuando el siglo XVII se hundía en los abismos del tiempo, como se hunde el sol entre las nubes de sombras que anuncian la proximidad de la noche; cuando la negra ola de la muerte recogía el último suspiro de la centuria que escuchó los inmortales cantos de Shakespeare y Calderon; y cuando las generaciones que habian grabado con caractéres indelebles en el libro de la historia los nombres de Descartes y Bossuet, Espinosa y Leibnitz, Corneille y Racine, se perdían entre el polvo del planeta, como se pierde la yedra entre las grietas del muro, la humanidad seguía su triunfal carrera, orgullosa de haber explorado el cielo con el lente de Galileo y el seno del Atlántico con la intrepidez de Colon, satisfecha de haber llegado á Oriente merced á los esfuerzos de las naves lusitanas y haber enterrado el águila feudal al pié de los nacientes municipios, y ennoblecida por haber traspasa-

do la coraza del magnate con la bala del pechero y sorprendido multitud de secretos en el seno de la naturaleza; pero anhelando encadenar el rayo engendrado en la region de las nubes que veía sobre su frente, y deseando desencadenar la idea, rayo engendrado en la region del pensamiento, porque habiendo desarmado al infinito y enclavado en el mundo de la inteligencia el sol de las nuevas doctrinas, los pueblos borrarían el derecho divino de la frente de los Césares y romperían el cetro de los tiranos, sepultando los alcázares del despotismo entre los fragmentos de sus malditas ruinas, como Lincoln ahogaría más tarde en olas de sangre á los viles comerciantes de carne humana, colgando en el Capitolio de Washington las cadenas del esclavo y muriendo por la libertad del negro, cual el mártir del Gólgota por la redencion del género humano.

El siglo XVIII es la cuna donde duermen el sueño de la infancia cien génios de la humanidad, y la fosa que guarda las pavesas de cien astros apagados en el orbe científico. Engendra á Goethe, gloria del Parnaso aleman, y recoge el postrer suspiro de Newton, honra del pueblo inglés; da vida al célebre actor Maiquez, y ve morir al ilustre economista Adam Smith; siente los primeros pasos del inmortal filósofo Kant, y escucha las últimas palabras del innolvidable Diderot; conoce los ligeros ensayos de Walter-Scott y publica los meditados trabajos de Buffon; mece la cuna de Camilo Desmoulins y acompaña al templo de la verdad al abate L'Epee; coloca la antorcha del génio en la mente del insigne Lord Byron, y apaga con el hielo de la tumba la voz de fuego del gran Mirabeau; pone una lira de oro en las manos de Quintana, y quiebra la pluma que estereotipaba el pensamiento de Rousseau; cuenta entre sus hijos al malogrado Muñoz Torrero, y halla entre sus hombres ilustres á Condillac; lanza al mundo el nombre de Madama Staël, y arrebata la existencia á Carlota Corday; deposita el ardiente beso de la vida en la frente de Lamartine, y sella con el frio beso de la muerte los lábios de Volney; lega á la nacion española héroes como el *Empecinado* y engrandece el Nuevo Mundo con obreros como Franklin; puebla los aires con los cantos de Uhland, y entierra un mundo al sepultar á Voltaire; refleja en Washington las nacientes ideas, y presta á Napoleon el génio de la guerra; infunde en Nelson el patriotismo de Leónidas, y prepara con Swift la tempestad que ha de conmover el universo; deslumbra al mundo con las hogueras que allende el Pirineo devastan gran número de edificios, y despues de haber arrojado en inmensa pira toda la lava que encerraba la conciencia, como la noche lanza todas sus sombras para anublar el planeta, sella con la sangre de innumerables mártires la obra de la civilizacion y el adelanto, escribiendo con letras de estrellas sobre la frente de la humanidad el Evangelio social de los pueblos modernos, eterno pedestal de las nacientes generaciones.

. . . . . .

La revolucion francesa borró el egoismo absolutista de Luis XIV, que años antes exclamára orgulloso: *El Estado soy yo*; rompió el cetro de una dinastía, confirmando los pronósticos de Rousseau, que en 1760 presentía la ruina de las monarquías; cumplió las profecías de Voltaire, que en 1762 divisaba en lontananza una explosion que trocaría la sociedad en *hermoso lodazal*; pulverizó la roca del pasado con los mortíferos rayos de la elocuencia de Mirabeau; llevó al derecho los progresos de siglos anteriores; combatió grandes errores y preocupaciones con la pluma de sus pensadores y la voz de sus tribunos; defendió el ateismo con la palabra del cosmopolita aleman Anacharsis Clooths, y destruyó la Bastilla, negra cárcel del pensamiento, calabozo de la idea y templo de la iniquidad, que, maldecido por todas las generaciones, vive en la historia, cual gigantesca sombra proyectada sobre el altar de la justicia. Madama Legross, al arrebatar á Luis XVI, en 1784, el decreto de libertad de Latude, hizo vacilar el edificio que derrumbó el pueblo frances cinco años más tarde, inclinando las siniestras torres que coronaban el alcázar del crímen, viejas encinas en el campo del despotismo, y enseñando á las nuevas generaciones que el pensamiento es el crisol donde se funden los áureos cetros de la tiranía y la fragua donde se templan los aceros del progreso.

. . . . . .

Si abarcamos en rápida ojeada la historia del mundo, y levantamos la losa de plomo que guarda el polvo de los tiempos, veremos el abismo que media entre las ideas que impulsaron al siglo de Descartes y las teorías que dieron explendor al siglo de Franklin. Aquél había forjado la revolucion inglesa, destinada á cruzar por el nebuloso cielo de un pueblo, y éste engendró una revolucion que cruzó por el cielo de un continente; el primero había visto partir desde las costas británicas á los puritanos para fundar la primer república del mundo, llevando la libertad á la jóven América, y el segundo vió marchar á la guillotina hombres cual Vergniaud y mujeres como Madama Roland, proclamando la fraternidad universal en los campos de la vieja Europa; el uno puso fin á las guerras religiosas con la paz de Westfalia y el otro convirtió el orbe en sangriento teatro de la tiranía bajo el primer Imperio frances; el siglo XVII había, en fin, expulsado á los judíos de España arrebatándonos el cetro del mundo industrial; revocado el edicto de Nántes, desterrando 400.000 hombres y llenando de mártires la historia con los horrores de la Inquisicion; mientras que el siglo XVIII proclamó la independencia de los Estados-Unidos, derrumbando las murallas que separaban las nacionalidades, como la locomotora borra con penachos de humo las fronteras, y las olas deshacen la estela que forman los buques cuando vuelan en alas del vapor sobre la inmensidad del mar, posándose cual gigantesca ga-

viota, sobre la colosal esmeralda que aprisiona el volcanizado suelo del planeta.

Grandes acusaciones se han dirigido en nuestros días á la mágica época en que la humanidad desarraigó con la mano del espíritu moderno las viejas instituciones; nubes de maldiciones se han cernido sobre la frente de ilustres pensadores, que ven estrellarse ante su nombre los años que pasan, como la roca ve estrellarse ante su poderío el oleaje destructor del tiempo; mundos de sombras ha creado el fanatismo para apagar el volcan del progreso, que guarda la candente lava del pensamiento, y cien anatemas han llovido sobre la tumba de los ilustres hijos del siglo XVIII, que asombraron al universo con ese relámpago de gloria que apellidamos Revolucion francesa; pero cuando las naciones contemplaron aquel movimiento político, tan gigantesco como el movimiento filosófico que inició Sócrates, y tan colosal como el movimiento religioso de Jesucristo; cuando conocieron que la obra realizada por la sonrisa de Voltaire, la ironía de Swift, la idea de Rousseau y la elocuencia de Mirabeau era tan imperecedera como la del Renacimiento, en que dominamos los mares por medio de la brújula y contamos los astros por medio del telescopio; cuando anotaron en las áureas páginas de la historia las conquistas de aquella edad, que vivirán en la memoria de los países cultos mientras aliente un hombre que sienta latir sus sienes y palpitar su corazon agitado por las nuevas doctrinas; cuando vieron avivarse la hoguera encendida por la fiebre demoledora de un siglo, digno únicamente de la fiebre delirante de Napoleon, y comprendieron que el rayo que centellea en las etéreas regiones purifica la atmósfera, así como las olas que agitan el seno de los mares impiden que el reino de Neptuno sea un lago pestilente capaz de corrómper el universo; cuando supieron que, merced á los esfuerzos de aquella edad analítica, dejaban de ser esclavos en esta centuria sintética para ser hombres libres y ciudadanos del mundo; cuando admiraron los ideales de la democracia, que les daban conciencia de su derecho, y el poder de la imprenta libre, que eternizaba el pensamiento, poniendo en sus manos el pan de la ilustracion; cuando rasgaron, por medio de la ciencia, el velo de la preocupacion y el misterio, á la par que la locomotora rasgaba las graníticas entrañas del planeta; cuando pensaron que su nombre cruzaba los espacios en alas de la electricidad y el buque los mares en alas del vapor, y cuando sintieron que el cosmopolitismo batía sus diamantinas alas sobre las generaciones que vienen á la vida llevando más ideas en su mente que estrellas hay en la bóveda celeste, bendijeron el progreso y bajaron la frente ante el siglo de Voltaire, abierto por la *Enciclopedia* y cerrado por la Revolucion; porque si grandes fueron sus errores, grandes han sido sus conquistas; si sus exageraciones inundaron de sangre el suelo de la vecina República, sus filósofos inundaron de ideas la mente; y si ahogó la

sonora voz de ilustres patriotas, las almas de los mártires y las de los nuevos apóstoles han volado al Trono del Eterno, demostrando al mundo que el martirio es la corona de las grandes obras, y que los mártires, estrellas fijas en los horizontes del tiempo, son faros colocados por Dios para guiar al hombre en el dilatado desierto de la vida.

JOAQUÍN G. GAMIZ-SOLDADO.

SONETO

A este valle de lágrimas llegamos
Sin saber cómo ni por qué venimos:
Misterio es lo que somos, lo que fuimos,
Y no nos dice nadie á donde vamos.
Con instintos de lobo que ocultamos,
Con la piel del cordero nos cubrimos:
Es belleza ó bondad cuanto decimos,
Es bajo ó criminal cuanto pensamos.
Todos nuestros errores y maldades
Llenarían mil mundos, ¡polvo vano
que atesoran avaras las edades!
Y ¡oh necio alarde del orgullo humano!
Todas nuestras virtudes y verdades
Cabrían en el hueco de la mano.

ANICETO DE PAGÉS DE PUIG.

CANTARES

Si sentimos con el alma,
¿Cómo al alma no sentimos?
Los ojos con que miramos,
¿Pueden mirarse á sí mismos?

—

Falta á la piedra la vida
Y á la vida eternidad;
Y al hombre... muy leve cosa,
Lo que anhela, nada más.

BLANCA DE LOS RÍOS.

UN CUADRO

Una mujer, un niño, un pobre viejo
Olvidados del mundo:
La mujer, de rodillas, como un ángel;
Durmiendo el niño, el viejo moribundo.
El uno en los albores de la vida,
El otro en los dinteles de la muerte;
Soñando el uno, el otro recordando,
Y los dos sonriendo de igual suerte...
Y la mujer, en tanto,
Viéndolos sonreir, bañada en llanto.

JUAN B. TORO.

RUMORES

Conozco á una ilustrísima señora
Que no admite visitas á deshora;
Pero sépase de esta ciudadana
Que se acuesta á las seis de la mañana,
Y en las primeras horas de la noche
Recibe ó sale á pasear en coche.
Pues aún hay quien murmura
De tan morigerada criatura.

Conozco á un respetable caballero,
Que, segun dicen otros, es banquero;
De mal aspecto pero *buena talla;*
Si oye hablar de política se calla,
En arte ó ciencias se declara lego,
Hace que no hace nada y *tira el pego.*
Pues aún hay quien murmura
De tan morigerada criatura

Conozco á un matrimonio venturoso,
Al decir de la esposa y del esposo;
Pero varias vecinas han oido
En casa de los cónyuges un ruido...
Como si, en los momentos más felices,

Sacudieran á palos los tapices.
Pues los murmuradores les apuntan
Diciendo: «Dios los cria, ellos se juntan.»

—

EPÍLOGO

Hasta los usos más patriarcales
Al vulgo le parecen inmorales.

EDUARDO DE PALACIO.

CONTRASTES

I

Todo contento y placer,
todo animacion y vida,
es una noche, el palacio
de los duques de Algeciras,
que un sarao se celebra,
verdadera maravilla,
de la noble doña Luz
para festejar los días.
Flores, espejos y luces
juntas á porfía brillan,
desde los regios salones
á las anchas graderías.
Cúbrense los pavimentos
con alfombras de Turquía,
con damasco las paredes,
con gasa las celosías,
con guirnaldas los tablados,
alza-paños y cortinas,
y con brocados de oro
los divanes y las sillas.
Cien criados, con librea
bordada de plata fina,
ocupan las escaleras,
zaguanes y galerías.
Antes que de los salones
tomen posesion las niñas,
que han de dar vida á la fiesta
con celestiales sonrisas,
ya se escuchan de la música
las alegres armonías.
Ricos hachones de cera
hacen de la noche día,
y sus vivos resplandores
iluminan las repisas,
las escaleras marmóreas
y las arcadas magníficas.
Por ventanas y balcones
mil notas se precipitan
de templados instrumentos
y de voces argentinas,
de lisonjas estudiadas
y frases de amor henchidas.

II

En un estrecho dintel,
frente al régio portalon,
triste plegaria se escucha,
que entona en doliente voz
una mendiga que pide
«¡una limosnita
por amor de Dios!»
¡Madre de los desvalidos!
exclama con triste son,
si amparas al desgraciado,
¿quién lo será más que yo,
que no tengo pan, ni abrigo
y sufro angustia y dolor?
«¡Una limosnita
por amor de Dios!»
Tiritando estoy, señora;
ricos brillantes, avaros
recogen en sus facetas

de las bujías los rayos.
Vestidos de blanca seda,
con blondas, flores y lazos,
dan realce á su hermosura;
y cintillos de topacios
sujetan sus lindos talles,
que se cimbrean ufanos,
cual se cimbrean los lirios
que son del vergel ornato.

IV

En el artístico hueco
del alféizar de un balcon,
una dama y un doncel
departen con dulce voz,
y á través de la armonía
y del alegre rumor,
se prodigan tiernas quejas,
que interrumpe el triste son
de la mendiga que pide
«¡Una limosnita
por amor de Dios!»
Ya se extinguen los acordes:
el sarao terminó.
Plumas, lazos y diamantes,
oro, riqueza y amor,
luces, perfumes y flores,
que la vanidad juntó,
transformaron el palacio
en fantástica mansion,
do tan sólo se escuchára
de la ventura la voz,
si no rompiera el encanto
el lastimero rumor
de la mendiga que pide
«¡Una limosnita
por amor de Dios!»
roto mi pobre jubon,
ni me abriga, ni me cubre,
y siento frio y rubor:
«¡Una limosnita
por amor de Dios!

III

Entre tanto, en los salones
del expléndido palacio,
entre perfumes y flores
luciendo están sus encantos
cien arrogantes bellezas,
las que ostentan, sin recato,
la riqueza de sus formas,
sus espaldas de alabastro,
el blanco cuello de cisne
y los hombros torneados.
Entre las ondas lascivas
del cabello perfumado,
cual chispas de viva lumbre,

V

En el ancho portalon,
junto á la régia escalera,
cien magníficas carrozas
á sus señores esperan.
Ya bajan los convidados,
se oye el crugir de la seda,
y en el aire los aromas
rastro perfumado dejan.
Envueltas en ricas pieles
aparecen las bellezas,
que fueron en los salones
el ornato de la fiesta:
el pavimento retumba
al impulso de las ruedas:
luego las luces se apagan
y las carrozas se alejan,
girando sobre sus goznes
del ancho zaguan las puertas.

VI

Ya está desierta la calle:
ya no se escucha la voz
de la pobre huerfanita
que, con plañidero son,
imploraba una limosna
en el nombre del Señor.
En el estrecho dintel
do la plegaria se oyó,
á los débiles reflejos
de moribundo farol,
se mira una masa inerte,
falta de vida y calor:
es la infelice mendiga.
¡La miseria la mató!

SOFÍA TARTILAN.

LA VIRTUD

Sólo los virtuosos son libres;
los malvados son esclavos.
(CATON DE UTICA.)

¡La virtud! Santa y hermosa palabra, por todos pronunciada, por muchos mal comprendida, por muy pocos realizada en la práctica.

¡La virtud! Patrimonio es de los justos, objeto de admiracion de los sabios, de martirio y ludibrio á la vez para los nécios.

Hay quien la ensalza como ideal imposible, para alejarla de su alcance, quién encarece lo que cuesta, para dispensarse de adquirirla, y quién amengua su valor para regatearle sus obsequios.

¿Qué es la virtud, cuánto cuesta y cuáles son sus resultados? Ojalá me fuera permitido contestar á estas preguntas; pero la virtud misma me tiene limitado el campo—ya que estas líneas tienen por objeto contribuir modestamente á una accion virtuosa, noble y levantada—y habré de concretarme á contestar la última. Despues de todo, tratándose de una generacion positivista y utilitaria, que pretende ajustar la moral á reglas económicas, lo que más hace falta es demostrarle los beneficios que produce la virtud para estimularle á practicarla.

Leia yo, hace poco, la siguiente máxima de un filósofo no muy conocido: «Una sola cosa hay que valga en el cielo lo que cuesta en la tierra: la virtud.»

Deseoso de penetrar bien el alcance y aquilatar la exactitud de esta sentencia, procuré estudiar sus términos, y no pude ménos de fijarme en que, tal y como estaba concebida, parecía negar á la virtud todo valor, ó al ménos, prescindir de él en la tierra, dando á entender que la recompensa del bien obrar, que el premio de una conducta moral intachable, llena de amarguras, de sacrificios y trabajos, sólo hay que esperarlo en la otra vida.

Contrariábame esta idea, que, aplazando la corona de la virtud, el cumplimiento y la satisfaccion de la justicia, siquiera fuese por tan corto tiempo como dura nuestra peregrinacion por este mundo, podía infundir el desaliento en almas débiles, en temperamentos impacientes y en corazones interesados ó egoistas, que, rindiendo tributo á la flaca, miserable y mezquina condicion humana, no son capaces de elevar á regla de conducta el principio moral y generoso de *practicar el bien por el bien mismo,* sin la coaccion del temor á las penas con que al malvado se conmina, ni el codicioso impulso ó halagüeña esperanza del galardon que el comun sentir y la razon universal reservan al justo.

Y discurriendo sobre tema tan interesante, me preguntaba: ¿Será cierto que la virtud es estéril en la tierra, un nombre vano á mucha costa adquiri-

do y jamás aquí recompensado? Y recordaba que, desde el pacientísimo y virtuosísimo Job, emblema de todos los dolores y compendio de todos los martirios, hasta el autor de la máxima en cuestion, eran innumerables los santos, los sabios y los escritores de todas clases que parece han asentado idéntica doctrina, y que, no sólo han considerado la virtud muy difícil y poco provechosa en el mundo, sino que han tenido ocasion de lamentar el contraste que á cada paso forman en la vida la fortuna y prosperidad de los malvados, con la desventura y desamparo de los buenos.

Así, mientras el sufrido é inocente Job yace en asqueroso estercolero, plagado de llagas, entumecido por el dolor y agobiado por toda clase de infortunios, compara en congojosas frases su miseria y amargura con la dicha y satisfaccion de los impíos, por todos ensalzados y temidos, por todos confortados, que disfrutan de los dulces placeres que proporciona una numerosa familia, que están seguros y contentos en sus casas, respetados en sus bienes y honrados en su descendencia.

Y mientras el santo rey David, de cuya raza habia de nacer el Justo de los justos, tiene lacerado su corazon por las disensiones de sus hijos, y sufre con su pueblo escogido los terribles estragos de la guerra, los azotes del hambre y de la peste, exhala hondas querellas, en las sublimes notas de su arpa y en los inspirados conceptos de sus Salmos, contra la riqueza y abundancia en que descansan los pecadores, á quienes aprovecha como cebo y engorda como manjar su iniquidad.

Y luego, viniendo á los tiempos modernos, recordaba aquellos melancólicos versos de un bellísimo romance de Lope de Vega:

«Virtud y Filosofía
peregrinan como ciegos;
el uno conduce al otro,
llorando van y pidiendo.»

Ante tales ejemplos, y ante el juicio de autoridades tan respetables y competentes, estuve próximo á exclamar:

—Decididamente la virtud no vale en la tierra lo que cuesta. Sus resultados, cuando no son nulos, son contraproducentes. El patrimonio de los virtuosos es un conjunto de sufrimientos, de amarguras y de lágrimas.

Ya casi no me extrañaba que una porcion de infelices, con quienes he tropezado en mi vida, se me hubieran quejado cien veces de su suerte en estos ó parecidos términos, que antes juzgué apasionados é inmodestos:

—Desengáñese usted, yo soy demasiado bueno para prosperar, excesivamente honrado ó virtuoso para hacer ciertas cosas, acometer determinadas empresas, ó conseguir tales fines. Yo no medraré nunca.

O en estas otras frases que consideré equivocadas ó pesimistas:

—Yo me arruiné en tal ocasion por ser un pobre hombre lleno de buena

fe. Yo me perdí en tal fecha un bonito negocio y dejé de asegurar mi porvenir, por ser demasiado hombre de bien.

Mas no soy yo de los que juran sobre las palabras del maestro, ni de los que se convencen á las primeras de cambio. Así es que, á pesar de comprender que la virtud no ha de practicarse por interes, ni tomarse como medio y objeto de especulacion; no obstante estar yo firmemente persuadido de que el bien obrar es un deber moral que ha de cumplirse por puros motivos, y no un asunto económico que haya de resolverse por el cálculo de las utilidades, quise profundizar más la materia, hallar un estímulo inmediato en esta vida para la buena conducta, y al efecto amplié la discusion que conmigo mismo habia secretamente entablado.

Y entonces observé, que si los hombres más pacientes habian desfallecido en medio de sus sufrimientos, si los más virtuosos y sabios han inculpado á la virtud por las amarguras de que suele ser compañera, por las desdichas que á las veces ocasiona, ó por los bienes de que priva, y si áun los más sensatos han lamentado el contraste que resulta entre la adversidad que parece asociarse á la virtud y el feliz éxito que suele coronar las empresas de la maldad y la perfidia, sus desfallecimientos han sido pasajeros, como sus dolores, é hijos, como ellos, de la débil, torpe y enferma condicion humana; sus amarguras y contratiempos producto de su imprevision, resultado de su imprudencia, ó efecto del error en sus cálculos y combinaciones. Todos han podido observar, que por cada privacion sufrida, por cada sacrificio hecho en aras de la virtud, han recibido mil satisfacciones, sin contar la feliz y suave tranquilidad que proporciona la rectitud de la conducta. Y al hacer el balance entre el bien y el mal ocasionado, al comparar el éxito en definitiva obtenido por la virtud y el vicio, habrán visto que las prosperidades del malvado hállanse de sobra compensadas con los infortunios por su mismo vicio acarreados; que la naturaleza castiga los extravíos del cuerpo, y la conciencia amarga con el pesar y el remordimiento los devaneos del espíritu; que el avaro se priva de la sublime y tierna satisfaccion que proporciona el ejercicio de la caridad, siendo él mismo víctima de su afan de atesorar y de los rigores de su codicia; que el soberbio ha sido humillado en el abismo á que le condujo el vértigo de su propia altivez, el orgulloso y vano cien veces puesto en ridículo, el ambicioso desprestigiado por la difamacion, ó envilecido por la deshonra, y todos ellos despreciados ó compadecidos por las personas sensatas.

No es, pues, el vicio tan útil como parece, ni la virtud tan infortunada como se la presenta.

La virtud, que significa fortaleza y valor para la lucha, virilidad y energía para romper las cadenas de las pasiones que esclavizan la personalidad humana; la virtud, que lleva la paz á la conciencia, la esperanza al corazon

y la felicidad al espíritu, produce las almas grandes, los temperamentos enérgicos, los caractéres íntegros, los hombres resueltos y dignos.

El vicio, que indica siempre defecto y falsedad, enerva el alma y el cuerpo, crea los corazones cobardes y pusilánimes; los temperamentos linfáticos y tristes, los caractéres bajos y abyectos. Salomon lo ha dicho: «El malvado huye sin necesidad de que le persiga nadie; pero el justo es valiente como un leon y á nadie tiene miedo.»

No hagais el mal por utilidad, ni practiqueis el bien por interes mezquino; pero si quereis ser libres sin licencia, grandes sin ostentacion, valientes sin temeridad y felices sin remordimientos, sed virtuosos.

HIGINIO COLLADO Y OLMEDILLA

LAS CAMPANAS VECINAS

No me llameis. Vuestro clamor sonoro
Que como alegre coro
De las gargantas de metal se exhala,
No bien un rayo de la blanca aurora
Las altas cumbres dora
Donde la alondra despereza el ala,
Ya no levanta un eco en el vacío
Del hondo pecho mío
Como en la edad creyente de mi vida.
No me llameis, y en funeral concierto
Tocad tan solo á muerto;
Tocad á muerto por mi fe perdida.

EMILIO FERRARI.

EPIGRAMA

Le dijo á un tuerto Ruperto:
«Usté es tuerto por antojo—»
—¿Por antojo?—Sí por cierto:
Si usté se saca el otro ojo
Dejará usté de ser tuerto.—»

R. DE LA VEGA.

HOMOGENEIDAD INTELECTUAL DE LA ESPECIE HUMANA

Descansa en una falsa apreciacion la bastante general creencia de que las razas meridionales son ménos aptas que las del Norte para apropiarse los adelantos de la cultura social.

Sin negar que la educacion moral de las primeras requiera procedimientos de que hasta cierto punto dispensan las especiales aptitudes de los pueblos del Norte, la observacion y la experiencia tienen demostrado, en la Edad antigua como en los tiempos modernos, que las razas meridionales alcanzan con mayor energía que las del Norte, las calidades que realizan los frutos de la civilizacion más adelantada.

Cartago, Aténas y Roma sobradamente lo demostraron en la antigüedad, y entre las generaciones de nuestros días he tenido ocasion de comprobar que el perezoso y sucio *Lazzarone* de Nápoles, merced á una enseñanza ilustrada y á una policía estricta, llega á ser tan aseado y diligente como un ingles, un holandes ó un norte-americano.

Y sin buscar los ejemplos fuera de nuestra península, comprueba la demostracion de la superior aptitud de las razas meridionales lo que era España á fines del siglo XV, en punto á instituciones políticas y á cultura intelectual.

Madrid 18 de Febrero de 1882.

ANDRÉS BORREGO

¡MADRE MIA!

Un pöema de ternura
Traté de escribirte un dia
Y la mano en su premura
Sólo escribió *¡Madre mia!*

F. DEGETAU Y GONZALEZ

LAS GRANDES CAPITALES

Las leyes del mundo físico se reflejan de tal modo en el mundo moral, que, estableciendo paralelos, encontramos siempre un fondo de correlacion admirable. Parecen ser las unas el cuerpo, las otras la sombra; aquéllas el objeto, éstas el espejo que copia su imágen.

La mayor parte de los fenómenos naturales toman su orígen de dos fuerzas que, opuestas al parecer, son sin embargo, la clave de la universal armonía. Si el pequeño planeta que nos cupo en suerte, marcha tan regular y acompasadamente en el espacio, como deslizándose por railes de antemano trazados, de los cuales no pudiera descarrilar, lo hace á impulso de dos estímulos que lo solicitan: uno centrífugo, que lo llama al infinito; otro centrípeto, que lo lleva al sol. En esta aparente lucha de dos poderosos mandatarios hubo concesiones mútuas; ni el uno pudo considerarse vencedor, ni el otro se declaró vencido; se firmó entre ambos la paz, de la cual resulta el equilibrio, á beneficio del que atravesamos los espacios interplanetarios, sin que nadie nos interrumpa el paso.

Este dualismo domina lo que unos han considerado materia bruta, inerte; animada, por el contrario, para aquellos que observan *fuerzas*, *atracciones*, *repulsiones*, *movimiento*. Para los primeros duermen los cuerpos inorgánicos el sueño de la muerte. Los segundos creen que el alma universal está latente en la piedra, se manifiesta en la planta y adquiere en el animal, especialmente en el hombre, ese desarrollo, ese lujo de manifestaciones que constituyen la vida y el espíritu.

En el órden moral, dentro de nosotros mismos, libran batalla dos fuerzas semejantes. Apenas existe acto en que no intervengan estos dos principios. Hay algo, que nos inclina al bien; hay algo opuesto, que nos empuja al mal. Los persas han divinizado estas dos tendencias en su *Ormuzd* y su *Ahriman*, constantemente en lucha para arrastrar al hombre por una de las dos sendas. Casi todos los pueblos paganos han imitado el ejemplo de los persas. Cada una de nuestras afirmaciones psíquicas, simbolizada en una divinidad tutelar, tenía enfrente, de un modo necesario, la negacion, que otro dios masculino ó femenino se encargaba de representar. El Olimpo, en vez de ser mansion de paz, era teatro de discordias, en donde había terribles colisiones, simulacro de los fieros combates á que estuvo y estará siempre sometida nuestra atribulada existencia.

En este mismo principio, en esta perpétua antinomia se informan las dos aspiraciones á la unidad y á la diversidad que compartieron en el mundo antiguo, como se reparten en los modernos tiempos el dominio de las inteligencias.

Quieren unos concentrarlo todo. Hay un solo Dios, dicen, en el cielo; el firmamento no tiene sino un sol; pues no debe haber más que una ciudad, que sea reina de todas las demas, y un soberano que sea señor de todos los reyes. Roma realizó esta aspiracion, en lo que hace á la primera parte. Alejandro, Gregorio VII y Napoleon I, con sus delirios de la monarquía universal, trataron de realizar la segunda.

Los otros se colocan en el extremo opuesto. De cada ciudadano hacen un rey, de cada alquería un palacio, de la reunion de unas cuantas casas una populosa metrópoli.

Los primeros van empujados por la fuerza centrípeta; si fuesen astros, se hundirían en su centro de constelacion. Arrastra á los segundos la impulsion centrífuga, y convirtiéndolos idealmente en cuerpos planetarios, se saldrian de la esfera de accion del centro á que debían estar sometidos, y en su marcha vertiginosa y desordenada correrían en el espacio hasta tropezar con otros astros que los sometiesen á su dominio.

¿Quién y cómo ha establecido la paz entre los opuestos contendientes? La ley del equilibrio, la fuerza de las circunstancias han venido siempre y en todas partes á imponerse con incontrastable poder. Nuestra propia debilidad, nuestros instintos sociales, la voz del sentimiento, reune los individuos, las familias y las tribus; pero nuevos impulsos los fuerzan á la diseminacion: aquí es la *confusion de lenguas*; allí los odios religiosos; ya el espíritu aventurero y de conquista; ya la *áurea sacra famis* de la célebre Sibila.

Los pueblos, en su infancia, están por la diseminacion por diferentes razones fáciles de comprender; mas á medida que se civilizan, se constituyen en agrupaciones urbanas de importancia, proporcionada en general á la fertilidad de la comarca, facilidades para el comercio y desarrollo de la industria. Entre estas agrupaciones se destacan algunas á tal altura, que su solo nombre despierta en el espíritu los recuerdos de toda la historia de las naciones que las han fundado y elevado á ese grado de explendor. Podrá conocerse someramente la vida social de los asirios, de los egipcios, de los persas, de los israelitas, de los griegos, romanos y árabes, y, sin embargo, la simple enunciacion de Ninive y Babilonia, de Tébas ó de Ménfis, de Ecbatana, de Jerusalen, de Aténas, Esparta, Roma, Constantinopla, la Meca, Bagdad, Córdoba ó Granada, traerá inmediatamente á la memoria los caracteres generales y particulares de los pueblos que inmortalizaron sus nombres, y con ellos nos han legado el imperecedero recuerdo de sus glorias; el indice, por donde podemos buscar sus hechos; el secreto de su engrandecimiento y la clave, por medio de la que es posible adivinar los gérmenes de muerte que causaron su ruina ó produjeron la espantosa decadencia que hoy nos ofrecen algunos

En nuestros dias, cualquiera que sea la forma de gobierno, las naciones quieren sintetizarse en inmensas metrópolis, que son como su corazon y su cerebro. No nos ocuparemos por el momento de si esto es un gran bien ó un gran mal: baste indicar el hecho, como una tendencia irresistible de todos los tiempos y de todos los países.

Podrá cambiarse el nombre de Inglaterra, el de Francia, Italia, España, Austria ó Turquía; pero Lóndres recordará siempre una de las naciones más activas, más comerciales y emprendedoras de la tierra, y Paris hoy, como dentro de diez siglos, áun reducido á escombros, dará la idea de una de las razas más espirituales, más asimiladoras y más briosas de Europa.

Podrá desgarrarse una vez más la túnica inconsútil, en cuyos pliegues envolvió á toda su patria el genio del inmortal Cavour; y Roma será siempre para todos la ciudad del mundo antiguo, la cuna del derecho, la ciudad de los Papas, la única y legítima capital de Italia.

España puede tomar mañana el nombre de Iberia, pero Madrid jamás dejará de ser Madrid, y al recordar su nombre las generaciones que nos sucedan, recordarán con él uno de los ejemplos más sublimes de abnegacion que registra la historia, que retrata gráficamente el genio español y el carácter de nuestra raza, idólatra de su independencia.

Sobre las torres de Santa Sofía ha soplado el viento del desierto; los sectarios del Islam han acampado en Constantinopla, y sin embargo, tal y tan permanente es la impresion que el genio cristiano ha grabado en la ciudad de Constantino, que, áun en poder de los turcos, la antigua Bizancio no ha olvidado aún á sus patriarcas, y no pasará mucho tiempo sin que vuelva á ser una ciudad *europea*, una de las capitales del cristianismo.

En las grandes ciudades no se ha encarnado solamente el espíritu nacional, han sido y son muchas todavía el símbolo más perfecto, la síntesis más completa de las diferentes manifestaciones humanas. Suprimamos á Jerusalem y ya son inexplicables grandes acontecimientos históricos de una influencia colosal en la Edad Media y cuyas consecuencias tocamos todavía en la edad presente. Sin la ciudad donde pereció el Hijo del Hombre, donde el Justo murió en afrentosa cruz, las cruzadas no tienen razon de ser, y los pueblos judío y cristiano carecen de punto á que volver sus ojos.

Sin Roma, sin la Roma pagana y la Roma pontifical, ni es posible comprender el admirable mecanismo á que debió su engrandecimiento el pueblo más grande de la historia, ni los maravillosos sucesos á través de los que la Religion cristiana ha alcanzado sus prodigiosos triunfos.

Las cuatro quintas partes de la religion y de la civilizacion mahometanas están en la Meca y en Medina.

Áun en los países en que la descentralizacion alcanza extraordinarias proporciones, se ve la tendencia fatal y necesaria á la concentracion. Los ame-

ricanos del Norte, con envidiable prevision, no han querido que la capital de la República estuviese colocada en una ciudad importante, para que no adquiriese preponderancia sobre las demas; pero no pueden evitar que en un punto de las orillas del Hudson se concentran las corrientes de su actividad y de su riqueza, y que crezca de dia en dia y crezca más y más una ciudad, que llegará quizás á ser la primera y más populosa del mundo; que retrata las costumbres y derroteros por donde avanza á marchas forzadas el genio de la raza anglo-sajona, trasportada á América. Por fin han capitulado, y al presente, los *yankées* ven con el mayor placer, con verdadero orgullo, que su metrópoli aventaja á casi todas las de igual género de otros países, y admite la competencia con los mayores centros de los pueblos más ricos y adelantados. Los hemos visto complacerse en llamar á Nueva-York la *imperial ciudad*, epíteto peregrino en labios republicanos.

Los grandes centros de poblacion cumplen, pues, una gran mision social. El hombre, el sér débil por excelencia, se hace por la asociacion, individual y colectivamente, el rey y señor de cuanto le rodea. Sin la creacion de estos grandes centros, especie de corazones sociales que reciben la vida de todas partes; pero que, á la vez que receptores, son á manera de poderosas bobinas ó multiplicadores, que devuelven lo recibido, agrandado y perfeccionado á los diferentes puntos, los progresos de la humanidad hubieran sido mucho más lentos.

En todas las especies animales en que hay instintos de sociabilidad, observamos agrupaciones de numerosos individuos. Sin esta condicion, el castor, la abeja, la hormiga, serían incapaces de llevar á cabo ninguna de las obras que ofrecen á nuestra admiracion. Todas estas especies sólo viven al amparo de la ley de las concentraciones.

La especie humana se sostiene por el equilibrio de las dos fuerzas ó principios de que viene hecho mérito. En virtud del de dispersion ó descentralizacion, tala los bosques, rotura los incultos terrenos, arranca de la madre tierra las sustancias necesarias á su alimentacion y á variadísimos usos. Por el de unidad ó concentracion erige grandes ciudades, focos donde se concentra la luz, rios caudalosos á que afluyen todas las corrientes, lazos de union que constituyen la solidaridad necesaria á la vida de las naciones.

JUAN MANUEL ESPADA

Madrid Enero 10 de 1882

LA OBRA DEL TIEMPO

A M QUERIDO AMIGO VICENTE MORENO DE LA TEJERA

La repugnante larva del pasado
Arrastróse asquerosa por el suelo.
La esclavitud... la guerra... aquel tablado
En el que inícua ley ha asesinado...
Frio en el alma dan y desconsuelo.
Cuarteles y cadalsos y conventos
Son del ayer los tristes monumentos,
Mas del santo progreso los poderes,
Han trocado sus piedras en cimientos
De hospitales y escuelas y talleres.
Alas de ilustracion y caridad
La crísalida labra en el presente,
Y el porvenir, con ellas explendente,
Fraternidad, justicia y libertad
Predicará con entusiasmo ardiente.

F. DEGETAU Y GONZAL

Á LOS OJOS DE....

Ojos vivos, centelleantes,
De un alma pura testigos.
¡Si así mirais siendo amigos
Como mirareis amantes!

VITAL AZA

LO QUE DIRÁ LA GENTE

(SONETO)

Cuando voy á tu lado por la calle,
Como á tí únicamente miro y veo,
Que me encuentro contigo á solas creo
Aunque entre inmensa muchedumbre me halle

Extendiendo mi brazo hacia tu talle,
Apasionado, junto á tí voceo
Mil palabras de amor y de deseo
Mientras que tú haces señas que me calle.
Hasta que al fin: —*No seas imprudente*,
Me dices ruborosa, y yo, que ignoro
Por qué lo soy, insisto nuevamente.
Tú te adelantas con gentil decoro,
Y te contesto á un: —*¡Qué dirá la gente!*
—*¿Qué ha de decir la gente?... ¡Que te adoro!*

VICENTE COLORADO

DEL FOLLETO «LA LITERATURA»

.....
.....

V

Con sus últimos resplandores desaparece la dinastía Austriaca sumida en la degeneracion y decrepitud más evidentes; anunciándose al país la de los Borbones con las guerras de sucesion, costumbres y gustos nuevos, mandarines extranjeros y todo lo que es consiguiente á tales mudanzas. Pugnando el elemento frances con el elemento español hasta que adquirió aquél sobre éste una supremacía funesta; el siglo XVIII fué una crisis intelectual continuada, de la que sólo á su conclusion pudimos salir, merced á la revolucion que prepararon los enciclopedistas franceses, y cuyos relámpagos llegaron á iluminar el cielo de las musas españolas, cubierto de fúnebre crespon en tanto que no aparecieron los Jovellanos, los Quintana y los Nicasio Gallego; nombres á que, despues de pasado el primer tercio del siglo actual, debian unirse en admirable consorcio, ya verificado el renacimiento del teatro moderno, Espronceda, Larra, Zorrilla, García Gutierrez, duque de Rivas y Hartzenbusch.

Mas antes de que llegaran á verificarse tan prósperos sucesos para la causa de la libertad y de las letras de nuestro país, ¿cuántos otros adversos no ocurrieron, durante todo ese siglo XVIII, así para la política como para la literatura, sepultadas en la abyecion y en el silencio glacial del indiferentismo?

Recorramos, aunque brevemente, el cuadro que con su pincel severo nos traza la historia de ese siglo. Bajo el aspecto social y político, veremos que los Borbones no plantearon reforma alguna beneficiosa, siendo á la par una negacion para toda clase de concesiones, y una afirmacion de todo lo dañoso que la mano déspota de la dinastía austriaca había levantado para ensanchar el círculo de la opresion y del embrutecimiento en que se revolvian las masas.

Gibraltar, ese eterno padron de ignominia para cuantos blasonamos de buenos españoles, se perdió á su advenimiento al trono de España. El tristemente célebre *pacto de familia* dió mucho más adelante por resultado, como nadie ignora, pérdidas aún mayores. Hablen por nosotros las Américas españolas y la derrota de nuestra valerosa Armada en Trafalgar. La Inquisicion existía, y los frailes habian llegado á convertir la Península en un convento (1). Al lado ó por encima de los monarcas borbónicos, aparecian figuras tan simpáticas á los pueblos como Alberoni, la princesa de los Ursinos, el *soprano* Farinelli, Esquilache y Godoy. ¿Hay nada más elocuente que estos nombres?

Bajo el otro aspecto, el literario; dolor y mengua nos causa vernos precisados á consignar que la dramática española había fenecido: realmente no existía en ningun ramo de la literatura, atractivo, novedad, belleza, inspiracion: á imitaciones y miserables rapsodias redujéronse los ópimos frutos que por lo comun sacamos de la escuela francesa, dándose el caso, no pocas veces, de que se tradujera aquí con mucho énfasis lo que, tomado del español, se había traducido antes al frances. Si esto era literatura, convengamos en que era una literatura *eunuca*, exhausta de calor y vida, sin lágrimas, sin risas, sin ideas.

. . . . . .

M. DE LLANO PÉRSI

---

(1) En un romance dirigido á Felipe V. decía á este propósito D. Rafael Melchor de Macanaz:

«Pobres y ricos, es daño
el haber muchos conventos;
Si ricos, viven mandando;
Si pobres, mueren pidiendo.
Y si de un labrador pobre
Quieres tomar el consejo,
Para aminorar lo malo
Haz que los frailes sean buenos.
Tenga la Iglesia los brazos
Iguales, que es lo perfecto;
Pero si los dedos malos
La hicieran manca, ¿qué harémos?»

EL REINO DE LAS SOMBRAS [1]

DEDICADO Á MI QUERIDO É ILUSTRE AMIGO

D. JOSÉ DE CARVAJAL Y HUÉ

Era una noche de invierno. El viento frio extremecia los desnudos árboles: las sombras se arrastraban por el suelo, y al movimiento de las ramas parecian subir enroscándose por los troncos, cual si fueran serpientes de humo.

Y mientras el viento arrancaba agudos silbidos de las ramas secas, una de las sombras dijo á las demas:

—Hermanas, he visto á unos hombres fabricar casas para cobijarse y cobijar á sus madres, sus mujeres y sus hijos; he visto á otros abrir surcos en la tierra y esconder allí semillas para recolectar luego el fruto y alimentar con él á sus madres, sus mujeres y sus hijos; he visto á otros arrancar sus fibras á las plantas y hacer con ellas tejidos para cubrir su propia desnudez y la de sus madres, sus mujeres y sus hijos; y he pensado que aquellos hombres podian tambien edificar para cobijarme y cobijar á las sombras mis hermanas, y que aquellos otros podian tejer para abrigarme y abrigar á mis hermanas las sombras, y he pensado tambien que debiamos tomar para alimentarnos gran parte del fruto que ellos recogian para alimentarse y alimentar á sus madres, sus mujeres y sus hijos.

Tengo, hermanas, un plan, oid: Y la maldecida sombra fué besando á las otras y diciéndoles algo que sólo ellas escucharon.

Y el viento, soplando con fuerza, arrancaba de los árboles desnudos, sonidos extridentes que semejaban una alegre carcajada del infierno.

Y á los primeros rayos de la aurora, las sombras fueron rastreando y ocultándose por las hendiduras de las rocas á sepultarse en una caverna profunda.

—Hermanas, dijo una de ellas, ya lo sabeis: el reino de las tinieblas es nuestro reino: debemos extenderlo por la tierra.

Y una lechuza que habitaba en la cueva, lanzó un grito duro y frio como un cuchillo de hielo.

Y prosiguió la sombra:

—Bien, eduquemos al hijo del hombre; no olvideis que el niño de hoy será el hombre de mañana: que sea nuestro éste y aquél lo será tambien.

Y las sombras respondieron:

—Es verdad: sembremos en el niño lo que queramos recoger en el hombre.

---

(1) Fragmento de un folleto inédito, imitacion de las *Las palabras de un creyente*, de Lamenais.

Bien hermanas—añadió otra—pero no sólo debemos apoderarnos del niño. Por la mujer tendremos al marido; esclavizamos á la mujer y habremos exclavizado al mundo.

Y como un eco las sombras respondieron:

—Es verdad: exclavicemos á la mujer y habremos exclavizado al mundo.

Y la lechuza oculta en su rincon, lanzó de nuevo su estridente grito.

—Bien, hermanas—dijo á su vez otra sombra—buenos como son no bastan esos medios. Es necesario que subamos á los palacios y hagamos nuestros á los poderosos de la tierra; los tiranos son hombres y como tales tienen sus pasiones y entre sus pasiones una dominante. Explotemos, pues, la pasion dominante de cada uno de los poderosos de la tierra.

Y contestaron las sombras:

Es verdad: explotemos la pasion dominante de los poderosos de la tierra.

—Los medios son buenos—añadió otra—cuando llevan al fin; pero habeis olvidado el más importante; el que nos facilitará los otros: el fanatismo.

Y respondieron las demas sombras.—Tiene razon: inculquemos el fanatismo en el niño y en la mujer, y por el fanatismo, en fin, dominaremos el orbe.

Así siguieron las sombras su infame conciliábulo, y la que allí las habia congregado les dijo al desvanecerse.

—«Os lego un mundo.»

Y como habia llegado la noche, la lechuza tendió su vuelo. Y salieron las sombras y, desparramándose por la faz de la tierra, la envolvieron en funerario velo.

Y la humanidad despidió un grito de dolor y hubo convulsiones titánicas y guerras, y al ruido de las cadenas y los cañones, y al livido resplandor de las hogueras, las sombras celebraron su triunfo y el pasado fué el reino de las sombras.

F. Degetau y Gonzalez

EXISTE EL VACIO

La ciencia, dice niña,
que no hay vacio
«¡Que registren su pecho!»
contesta el mio.

F. D. y G.

PARA RECTIFICAR...

Dice el Sr. Echegaray en su artículo *Al pié de un drama* que se va á ocupar del suyo titulado *Haroldo el Normando*, consiguiendo así lo que pocas veces puede conseguirse, hacer de «una obra mala una buena obra,» y yo, envolviendo otro pensamiento en parecida frase, decía en las *Dos palabras* que empezaba como pocos escritores mi carrera literaria «con una buena obra ya que no me es dado empezarla con una obra buena.»

Pero despues de reflexionar un poco me he preguntado: ¿es realmente mía esta obra?

La cubierta está dibujada por Cilla, un jóven á quien se aprecia mucho con sólo tratarlo una vez; las páginas de la obra están llenas con trabajos de escritoras tan distinguidas como las señoras Sinués de Marco y Tartilan; de hombres tan ilustres como Carvajal, Galdo, Letamendi y Llano y Persi; de poetas de tanta inspiracion y sentimiento como Arechavala, Campoamor, Ferrari y Ginard de la Rosa; de periodistas tan distinguidos como Borrego, Ortega Munilla y Eduardo del Palacio: y en este *bouquet* literario que tengo la honra de ofrecerte, amigo lector, si bien he puesto algunas hojas mias para llenar la parte material y para que por el contraste resaltara más el colorido y perfume de las flores que lo forman—de igual modo que el músico coloca en el pentágrama las notas discordantes ó *de paso*, para el mejor efecto del conjunto—es lo cierto, sin embargo, que el humilde papel del bramante que ata el ramo, ha sido el que yo he desempeñado en esta obra.

Y como el ramo se habría perdido, marchitado y deshecho sin la ayuda de Moreno de la Tejera, que tan noblemente se ofreció á editarmelo, de ahí que á éste corresponde en gran parte la gloria de la jornada. Pero cuando Castañer escriba unos bonitos versos, como él sabe hacerlos, titulados «El adios al cuartel,» entonces el héroe de la jornada serás tú querido lector, que, con tu óbolo habrás llevado á cabo lo que yo, sin darme de ello cuenta, decía haber hecho; una buena obra.

F. Degetau y Gonzalez